Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Los reinos de Taifas

María J. Viguera, M.ª Isabel Calero, María Paz Torres y Juan Vernet

47

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-13696-1996

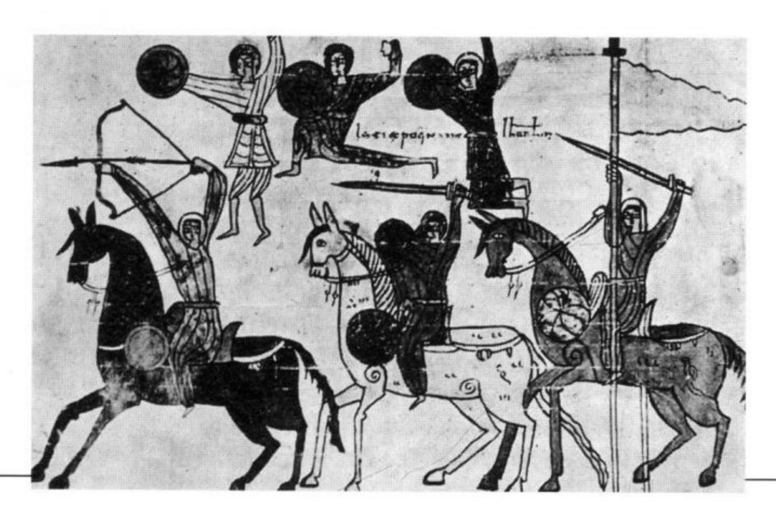
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, cofrecillo de Cuenca, época taifa, fabricado en madera y marfil hacia 1049/1050 (Museo Arqueológico Nacional). Izquierda, guerreros cristianos del siglo XI (Miniatura de un Beato, Biblioteca Nacional, Madrid)



Relieve de época taifa de La Aljafería de Zaragoza, fabricado en estuco policromado (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

El siglo XI se inició mal para los andalusíes, *advierte Juan Vernet en su siguiente estudio. Al-Andalus había alcanzado la cima del califato y, bien integrado alrededor de la centenaria dinastía de los Omeyas, parecía haber hallado un orden clásico, ¿por qué no duradero? En 1009 triunfó el primer golpe de Estado, y se agrietó de tal modo aquella dinastía, que veintiún años después los cordobeses decidieron abolir su califato, cuando ya de forma irreparable más de veinte territorios, los reinos de taifas, se habían declarado autónomos, en un largo y agotador proceso de guerra civil, a través del cual diversos personajes andalusíes, generalmente con poder local arraigado, tomaron el mando en algunos lugares para salvar el vacío del poder central y evitar el riesgo de ajenas intromisiones. Así ocurrió en Albarracín, Alpuente, Córdoba, Huelva, Mértola, Niebla, Santa María del Algarve, Sevilla, Silves, Toledo y Zaragoza, además de que otros líderes andalusíes desplazaron bastante pronto a régulos eslavos que habían iniciado las taifas de Valencia, Murcia, Almería y Badajoz, y de que las taifas de Zaragoza y de Sevilla ocuparan otras taifas de beréberes* nuevos *y de eslavos, como Arcos, Algeciras, Carmona, Denia, Morón, Ronda y Tortosa. Por su parte, los eslavos (esclavos de origen europeo) sólo mantuvieron a lo largo del siglo la taifa de las Baleares, y los beréberes nuevos, sólo la de Granada-Málaga.*

Fue un ilusorio ensayo político de reproducir, en los veintitantos reinos de taifas, los esquemas del califato omeya, aunque sin atreverse a adoptar el título califal, y así más o menos largas dinastías practicaron a la vez su monarquía, desde sus veintitantas capitales, en muchas de las cuales se tuvo a gala el mecenazgo principesco, favorecedor de artes y ciencias, que hicieron brillar la época, como también sirvieron para propulsar la islamización y la arabización por todo al-Aldalus. Tuvieron gran riqueza y cultura, mas carecieron de organización militar. Los reinos de taifas sucumbieron unos a manos de otros, y definitivamente por ocupación cristiana (Toledo y Valencia) o por ocupación de los almorávides, que trajeron su Imperio desde el norte de Africa, desde 1090 en adelante.

La fragmentación del califato de Córdoba

María J. Viguera
Catedrática de Arabe. Universidad Complutense

Almanzor murió en 1002 y sus dos hijos y sucesores, tratando de detentar el poder de al-Andalus manteniendo en la sombra al califa omeya Hisam II, no supieron como él paliar esta situación con éxito; el segundo, Sanchuelo, aún agravó más la reacción de los legitimistas omeyas, pues arrancó al califa su designación como próximo heredero al califato, y estalló un golpe de Estado, en el que Sanchuelo fue asesinado y destronado Hisam II, proclamándose en su lugar otro omeya, al-Mahdí, en febrero de 1009.

Este al-Mahdí persiguió a los partidarios del régimen anterior *amiri,* es decir de Almanzor y sus hijos, ostentosamente apoyados en los eslavos y en los beréberes nuevos, recientemente llegados a al-Andalus; ambos grupos salieron de Córdoba y empezaron a buscar un territorio donde y del que vivir, iniciando así sus autonomías en taifas. Mientras, la guerra civil ardía más o menos por todo el país y, sobre todo, en Córdoba, donde hasta la abolición del califato, en 1031, se sucedieron trece proclamaciones califales de seis omeyas, alguno de ellos depuesto y tornado al trono en más de una ocasión, y de tres hammudíes, príncipes magrebíes que lograron también, a río revuelto, el cada vez menos ilustre ca-

lifato de Córdoba, donde ellos también eran quitados y repuestos por segunda vez.

Así se siguió hasta noviembre de 1031, en que los cordobeses *abolieron el califato, porque no había otra alternativa, y expulsaron de Córdoba a todos los omeyas,* cuenta el gran cronista Ibn Hayyán, que presenció los hechos y cuyo relato emociona por la impasibilidad desesperada con que traza los últimos pasos de una época que fue gloriosa y que había empezado a clausurarse desde una veintena de años atrás. Entre 1009 y 1016 la unidad andalusí ya había sufrido el recorte de las taifas de Almería y Murcia, Alpuente, Arcos, Badajoz, Carmona, Denia, Granada, Huelva, Morón, Santa María del Algarve, Silves, Toledo, Tortosa, Valencia y Zaragoza, además de otras de cronología incierta. Y este panorama permite ver cómo madrugaron en sus autonomías las marcas, con sus capitales de Zaragoza, Toledo y Badajoz y las prolongaciones medias de Albarracín y Alpuente, notándose además la rápida iniciativa de los eslavos y de los beréberes nuevos; ambos elementos jugaron un papel detonante en la fragmentación política territorial.

Los principales reinos de taifas

El fenómeno de las *autonomías* del siglo XI, en al-Andalus, como los que volvieron a ocurrir casi a mitad del siglo XII, y otra vez en la primera mitad del siglo XIII, tuvo entre sus características la peculiaridad del dinamismo interno de la fragmentación, de modo que en varios momentos algunas de las constituidas se subdividieron a su vez, generalmente porque los miembros de una familia reinante se escindían en una especie de subtaifas, más o menos reunidas otra vez (como pasó con Calatayud, Tudela, Huesca y Lérida, separadas de la central Zaragoza, por ejemplo), o por alzamientos (como el de Lisboa frente a Badajoz o el de Murcia frente a Sevilla o los varios enclaves que se independizaron de la decaída taifa de Valencia, como hicieron Sagunto y Jérica). Por otra parte, unas taifas se subsumían en otras, frecuentemente por conquistas. Así pues, el número de los reinos de taifas osciló a lo largo del siglo, siendo los principales los siguientes veintiséis, de los cuales tratamos esencialmente y por orden alfabético.

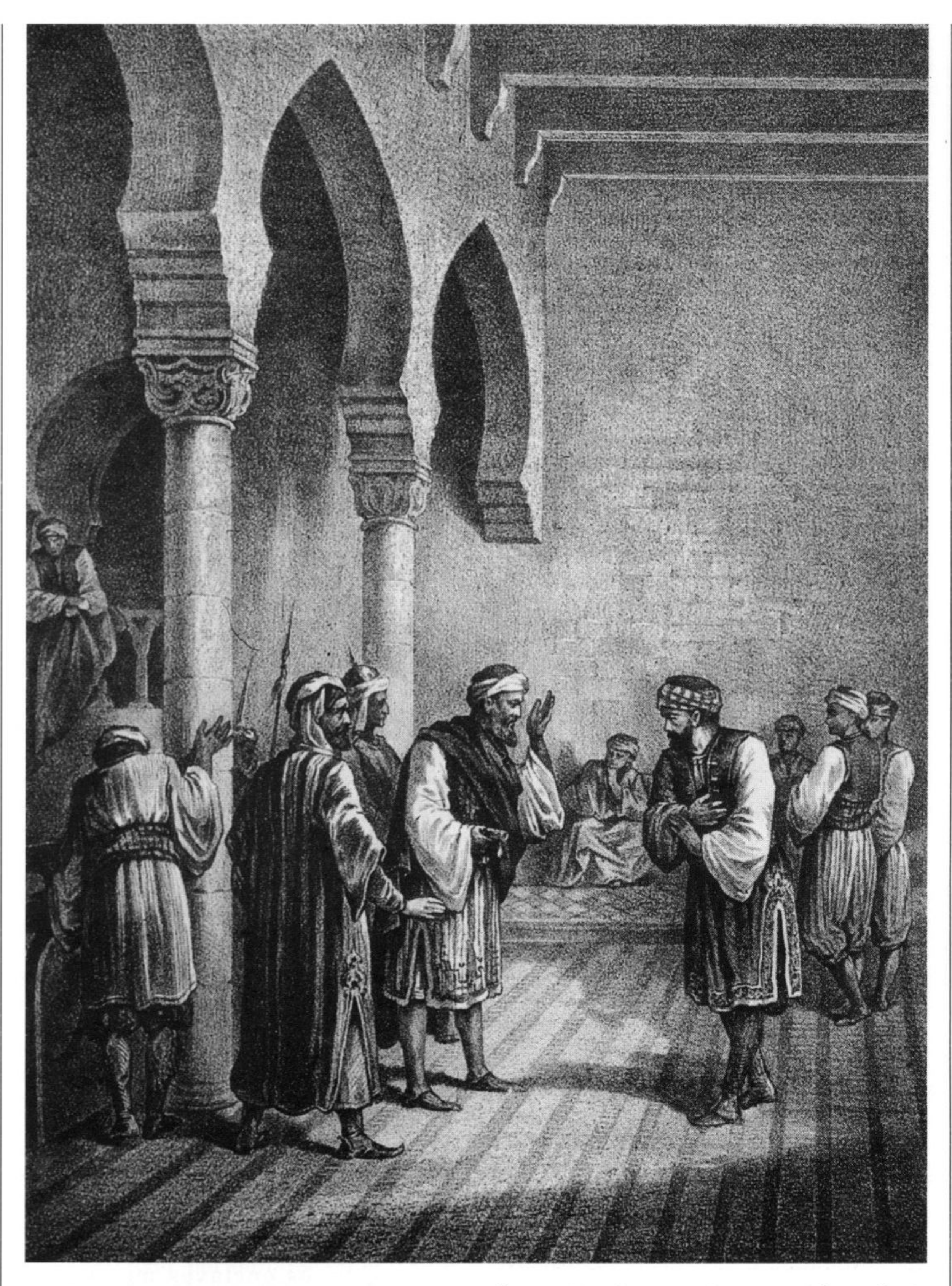
1. *Albarracín.* La familia de origen beréber, pero ya andalusíes por su secular arraigo en la zona turolense, de los Banu Razín, se independizó en su poco extensa taifa hacia 1013 y duró hasta 1104, cuando la conquistaron los almorávides. Se sucedieron tres régulos de la misma dinastía: Hudayl (1013 ap.-1044-5), Abd al-Malik (hasta 1103) y Yahya.

2. *Algeciras.* Puerto principal entre al-Andalus y el Norte de Africa, lo ocuparon los hammudíes, mientras ejercían el califato en Córdoba, entre 1016 y 1026; luego lo unieron a su taifa de Málaga, y por fin una rama familiar se independizó en Algeciras, hacia 1035 ó 1039, sucediéndose allí dos régulos antes de que conquistara la plaza el de Sevilla, en 1054-5.

3. *Almería.* En las luchas por el poder, alzadas allí por varios elementos, se impuso el eslavo Jayrán, destacado ex esclavo palatino en Córdoba, y hacia 1014 inauguró la fase eslava de la taifa de Almería, pues fue sucedido a su muerte, en 1028, por otro eslavo, Zuhayr. En 1038, el activo puerto reconoció al régulo de Valencia Abd al-Aziz, nieto de Almanzor, que envió para regirles a Man, quien a poco se independizó y fue sucedido por un hijo y por un nieto, hasta 1091, cuando los imparables almorávides ocuparon la gran alcazaba almeriense.

4. *Alpuente.* Estaba situada esta taifa en la franja central de población beréber, asentada desde siglos atrás, como en la taifa de Albarracín. En Alpuente se declararon independientes los Banu Qasim, principal familia de allí, manteniéndose desde 1009, aproximadamente, hasta su conquista por los almorávides, en 1104 o dos-tres años después. Hubo cinco régulos, en sucesión directa.

5. *Arcos.* Formó, junto con Carmona, Morón y Ronda, un conjunto de cuatro pequeñas taifas, bordeando la poderosa de Sevilla, que acabó por apoderarse de todas ellas. El grupo que se alzó con la autonomía de Arcos, los Jizrún, era de beréberes Zanata, poco atrás llegados a la Península, en tiempos de Almanzor. Tres Jizruníes se sucedieron en la dirección de esta



El príncipe Hixen rechaza el trono que le ofrecen los conspiradores contra Hisam II. Más tarde reinaría con el nombre de Hisam III, siendo el último monarca Omeya

taifa, desde 1011-12, aproximadamente, hasta 1068-69.

6. *Badajoz.* Cuando decayó el poder central, esta tierra estaba administrada por un oficial palatino, seguramente eslavo, llamado Sabur, que asumió poderes autonómicos, desde comienzos del siglo hasta morir, en 1022; se apoyó en un beréber de antigua familia ya *andalusí,* Abd Allah de los Aftasíes, que se impuso luego en la soberanía de la taifa, mantenida por esta

familia, en sucesión de cuatro de sus miembros, con alguna escisión de tierras al oeste, hasta que los propios súbditos del último régulo llamaron a los almorávides, en 1094, que ocuparon la taifa y realizaron un sangriento castigo de los Aftasíes, excepto uno, que resistió algo en Montánchez, hasta acogerse junto a Alfonso VI.

7. *Baleares.* Un eslavo, Muchahid, régulo ya de la taifa de Denia, ocupó las Baleares, a finales del año 1014, y colocó en las islas para gobernarlas a su sobrino Abd Allah, y luego a su liberto al-Aglad junto con Ibn Rasiq. Se sucedieron dos gobernadores más, y se declaró independiente después de que Denia fuera ocupada por el poder de Zaragoza. Así se mantuvo la taifa, hasta que en 1114 fue atacada por la coalición catalano-pisana, contrarrestada por los almorávides, que ocuparon las Baleares en la tardía fecha del año 1116.

8. *Carmona.* Ya señalamos que, junto con la taifa de Arcos y otras, formaba el cinturón sevillano de pequeños enclaves ocupados por beréberes nuevos, en este caso los Zanata Birzalíes, a quienes un califa de Córdoba les concedió incluso este territorio, hacia 1013. Cuatro Birzalíes se sucedieron y el último tuvo que entregar su tierra a la taifa de Sevilla, la gran conquistadora, en 1066-67.

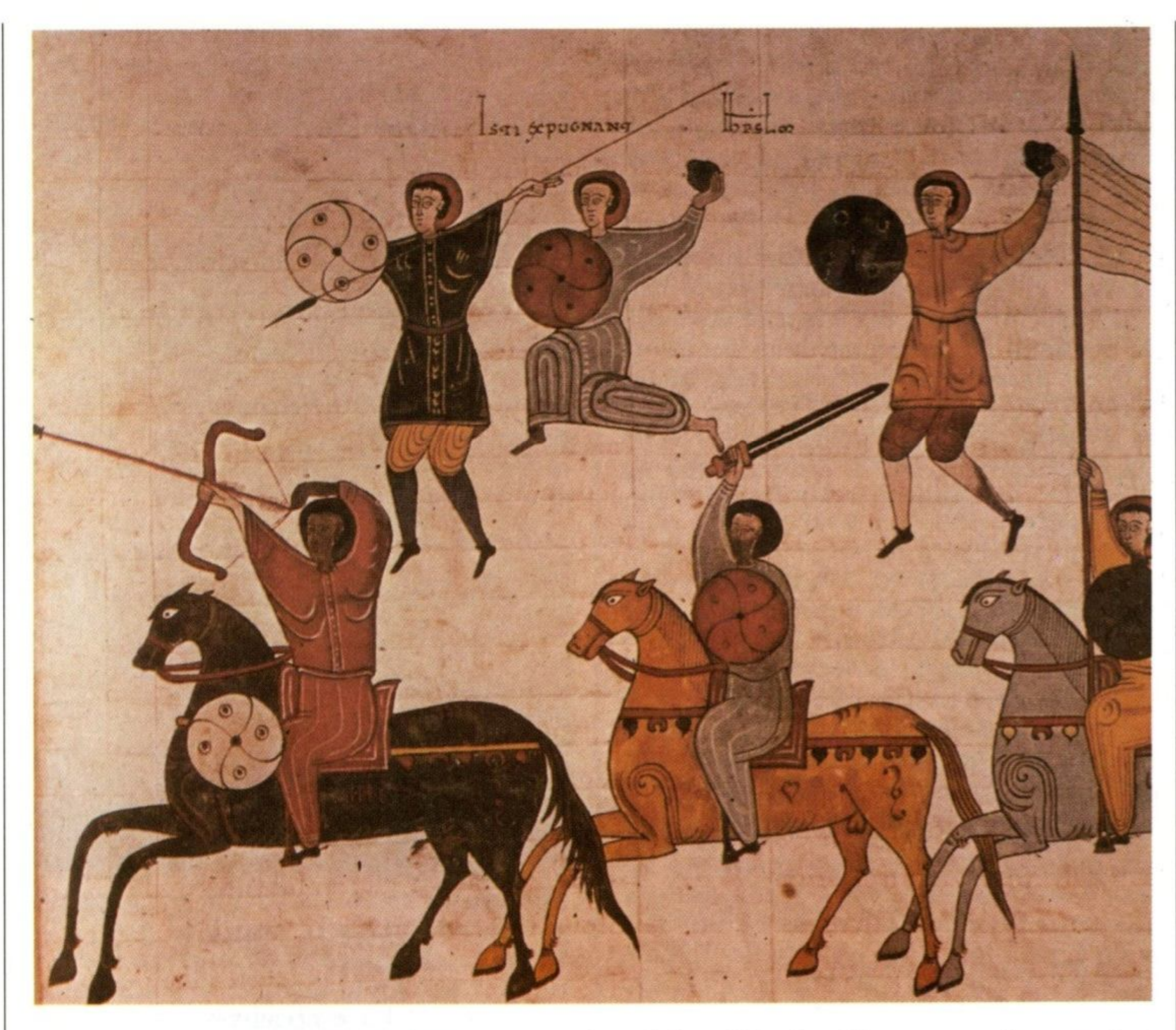
9. *Córdoba.* Fue una taifa *remisa,* pues como sede que era del califato —sólo abolido en 1031—, hubo de esperar hasta esa fecha para incorporarse a las autonomías que cundían por todo al-Andalus y ser una taifa más. La rigieron primero los Banu Chahwar, tres miembros de esta poderosa familia árabe asentada en al-Andalus tres siglos antes. Los tres Chahwaríes, padre, hijo y nieto, dominaron esta taifa hasta 1070, cuando la conquistó la de Sevilla. Entre 1075 y 1078, la codiciada Córdoba cayó bajo el poder, más o menos nominal, de Toledo, pero acabaron recuperándola los sevillanos, a quienes se la arrebataron los almorávides, tras reñido combate, llegado el año 1091.

10. *Denia.* Situada en la zona levantina, donde al comienzo de la guerra civil dominaron los eslavos y fundaron sus autonomías. En Denia se alzó Muchahid, esclavo manumitido de Almanzor o de sus hijos, oriundo según parece de Cerdeña, que atacó en 1015-1016, como también antes había conquistado las islas Baleares. Tras multitud de acciones, bélicas y culturales, murió Muchahid en 1045, y le sucedió un hijo, a quien en 1076 desposeyó su cuñado Muqtadir, régulo de Zaragoza, otra de las taifas expansivas.

11. *Granada.* Las gentes de *Elvira* (que ahora pasa a ser Granada) llamaron, hacia 1013, para que les defendieran en aquella guerra civil, a la cabila beréber de los Ziríes, llegados a al-Andalus pocos años atrás, y que se mantuvieron al frente de esta significada taifa hasta que los almorávides, en 1090, la ocuparon y destronaron al último de sus régulos, el emir Abd Allah, célebre por escribir sus impresionantes *Memorias* (*), ya en su exilio magrebí del Atlas, donde pudo reflexionar sobre el destino político de su siglo: *El siglo XI en primera persona.*

12. *Huelva.* Se fragmentó bastante el territorio suroccidental de al-Andalus, con las taifas de Mértola, Niebla, Santa María del Algarve y Silves, además de ésta de Huelva, y todas ellas amenazadas por la ambición expansiva de Sevilla, entre los años 1044 a 1063. Las cinco se alzaron autónomas en fechas indeterminadas de comienzos del siglo XI (sólo de la taifa de Huelva se cita el año de su independencia: 1012-1013, y las otras más o menos). En todas, la familia rectora parece tener —o atribuirse— orígenes árabes, asentados por allí en las fechas ilustres de la conquista islámica de al-Andalus. En Huelva fue la familia de los Bakríes, y un solo régulo, Izz al-Dawla, desde 1012-13 hasta que, en 1051 ó 1053, conquistó su tierra la taifa de Sevilla.

13. *Málaga.* Lo mismo que Algeciras, este puerto fue ocupado por los príncipes árabes Hammudíes, muy berberizados, con muchas relaciones en el Magreb, donde controlaron también algunos enclaves marítimos, mientras ejercían o aspiraban al califato de Córdoba, entre 1016 y 1026; luego, perdida para ellos la capital, se retiraron a las taifas de Málaga y de Algeciras, separadas desde 1035 ó 1039 por las querellas familiares que motivaron una accidentada sucesión. En Málaga, y sólo en treinta años, de nueve califas Hammudíes, hasta que



Guerreros cristianos del norte de la Península según miniatura de un Beato del siglo XII (Biblioteca Nacional, Madrid)

en 1056 conquistó aquella taifa la de Granada.

14. *Mértola.* Comparte características con la taifa de Huelva, siendo también una de las pequeñas taifas, alzadas sobre poderes andalusíes locales, en el suroeste andalusí, siempre en conflicto con la poderosa Sevilla, que la conquistó en 1044-45.

15. *Molina de Aragón.* Forma serie con las taifas de Albarracín y Alpuente, sobre todo, por hallarse en la franja central, de antiguo poblamiento beréber. Molina de Aragón no se salvaría, sin embargo, de una inicial y más o menos teórica dependencia de las taifas de Toledo y de Zaragoza, sucesivamente, pero a finales del siglo XI, el *Poema del Cid* refleja la autonomía que allí tenía el alcaide Ben Galbón, aliado del Campeador.

16. *Morón.* Fue ocupada por los Dammaríes, rama de los beréberes Zanata, oriundos de Túnez, llegados a al-Andalus poco antes; formaron parte de los ejércitos de Almanzor cuando la guerra civil, se independizaron en Morón, sucediéndose tres régulos, desde 1013-14 hasta 1065-66, en que Sevilla se anexionó también esta taifa.

17. *Murcia.* Empezó por estar regida por eslavos, unida su suerte a la de Almería, desde 1013 hasta 1038, pero siempre habían estado presentes los poderes de las grandes familias locales, y entre ellas la de los Banu Tahir, de ascendencia árabe. Uno de ellos, Abu Bakr, se fue independizando cada vez más de Almería y de Valencia, y, cuando murió, en 1063, su hijo y sucesor convirtió a Murcia en taifa plenamente independiente, hasta su conquista por Sevilla en 1078. A pesar de esta conquista, el gobernador de Murcia, Ibn Rasiq, no se plegó del todo al régulo sevillano. La ocupación por los almorávides ocurrió en 1091.

18. *Niebla.* Como las de Huelva y Mértola, pequeña taifa suroccidental extendida entre Niebla y Gibraleón, regida por la familia local, andalusí, de los Yahsubíes, con tres régulos sucesivos, hasta la conquista, por Sevilla, en 1053-54.

19. *Ronda.* Ocupada por los beréberes Yafraníes, que cruzaron a al-Andalus por primera vez a mitad del siglo X, y luego en tiempos de Almanzor. Allí se alzaron independientes, hacia 1014 ó 1016. Abu Mur, el primer régulo de esta taifa, fue apresado en Sevilla, y el tercero murió defendiendo su dominio, conquistado por Sevilla, hacia 1065.

20. Santa María del Algarve. Hoy es Faro, en el Algarve portugués. Allí se independizó Ibn Harun, posiblemente un muladí, autóctono islamizado que rigió su exigua taifa desde 1013 ó 1016 hasta morir en 1041-42, sucedido por un hijo, que tuvo que entregar su tierra a Sevilla, en 1051-52.

21. *Sevilla.* La gran taifa expansiva, pues se observa cómo conquistó todas las de su entorno, deteniéndose sólo ante las más poderosas de Badajoz y de Granada y algo ante la de Toledo, contra las que guerreó mucho. Primero ocupó las cinco pequeñas taifas del suroeste (Mértola, Niebla, Huelva, Santa María del Algarve y Silves), entre 1044 y 1063; luego las cinco del cinturón beréber (Algeciras, Ronda, Morón, Carmona y Arcos), entre 1054 y 1069; enseguida dominó Córdoba, aureolada de gloria pasada, y al cabo Murcia. Más difíciles fueron las relaciones con reyes cristianos, Fernando I y Alfonso VI, cuya presión económica, con las parias, y conquistadora intentó ser contrarrestada por Sevilla, principalmente, llamando a los almorávides, que, trozo a trozo, desgranaron la gran taifa, ocupando Sevilla en 1091 y deportando al Atlas magrebí a la soberbia familia allí reinante, los Abbadíes.

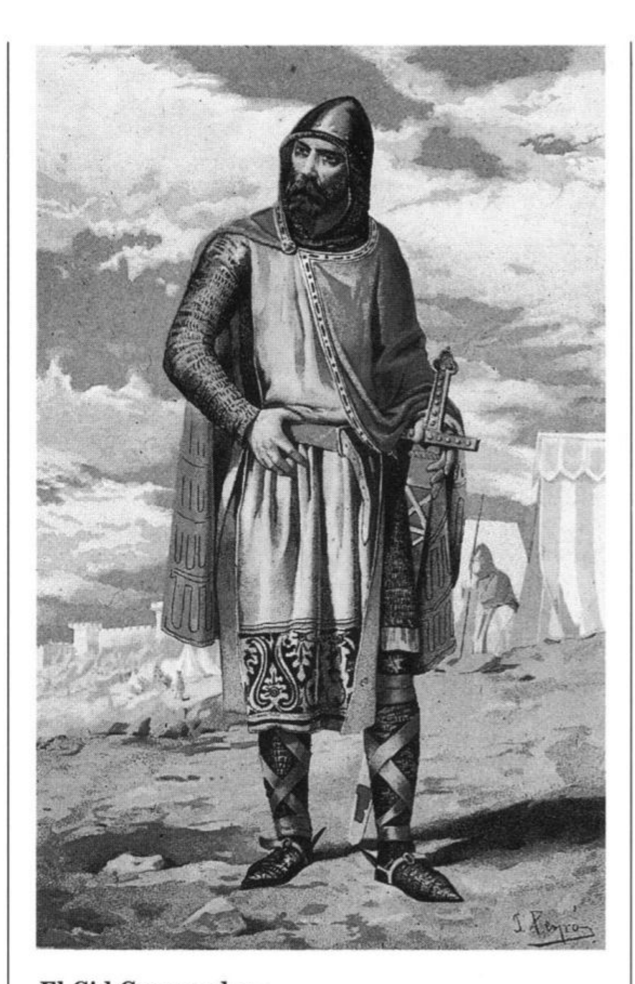
Eran estos Abbadíes de origen árabe, conquistadores de al-Andalus y riquísimos cadíes de Sevilla, y en su tierra se independizaron en 1023. Sus régulos, en sucesión patrilineal, fueron magníficos: el juez Ismail, el juez Muhammad (desde 1023), que se permitió el lujo de tener califa propio, un sosias del califa Hisam II, que impuso sobre sus súbditos y sobre otras taifas; luego al-Mutadid (hasta 1069), y por fin al-Mutamid, gran poeta, que —según una fuente árabe del siglo XIV, al-Hulal— habría dicho *Prefiero cuidar camellos en Africa que cerdos en Castilla,* fue deportado por los almorávides y murió en Agmat, como un símbolo de lo que le aguardaba a al-Andalus.

22. *Silves.* Se alzó independiente un notable local, de ascendencia árabe, Isá, al que siguieron dos —o cuatro— régulos; el último fue desposeído por las tropas de Sevilla, en 1063, aunque, por la confusión que hay sobre la cronología de esta taifa, tampoco esta fecha final es indiscutible.

23. *Toledo.* Al decaer el poder central, hacia 1010, cuando Wadih, general de la Marca Media, marchó a Córdoba, o un año después cuando fue asesinado, las grandes familias toledanas, como los Banu Mateo y el cadí Ibn Yais, se unieron para regir su territorio de forma independiente. Con posterioridad a 1018, los toledanos, hartos de sus propios caciques, recurrieron a un linaje beréber establecido desde el siglo VIII en tierras de Cuenca, los Zennún, arabizados como Du l-Nún: primero rigió Toledo al-Zafir, luego el gran al-Mamún (el *Alimenón* de nuestra literatura), y por fin el incapaz al-Qadir, que perdió Córdoba y otras tierras ante la acometida de la taifa de Sevilla. Cada vez recurría más al Alfonso VI, a cambio de parias que debían pagar los descontentos toledanos, alzados contra al-Qadir en 1080, a quien repuso en su trono Alfonso VI, en 1081, a cambio de castillos y de dinero; dos años más tarde, el rey castellano se presentó ante Toledo y la ocupó en mayo de 1085, prometiéndole a al-Qadir darle a cambio la taifa de Valencia.

24. *Tortosa.* Como en el resto del Levante, se independizaron aquí los eslavos, desde 1009, reaccionando contra el califa al-Mahdí, y sucediéndose cuatro régulos, hasta 1060, en que el de Zaragoza, al-Muqtadir, ocupó Tortosa, región que formó una subtaifa, junto con Lérida y Denia, por la autonomía de una rama lateral de la dinastía que regía Zaragoza. La conquistaron los almorávides en la primera decena del siglo XII.

25. *Valencia.* Taifa levantina ocupada por eslavos, independientes de Córdoba desde 1009, que antes contro-



El Cid Campeador
(dibujo decimonónico, por T. Perez)

laban el regadío como zabacequias; fueron dos, sobre todo, y simultáneamente, Mubarak y Muzaffar, quienes aplicaron con rigor la grandeza soberana, el cuidado de su capital y el enriquecimiento sobre impuestos a sus súbditos; murieron hacia 1017 y 1019, y algunos otros eslavos intentaron controlar la taifa, hasta que en 1021 ó 1022 todos decidieron proclamar a un nieto de Almanzor, instalando en Valencia esta descendencia de la otrora gloriosa familia, que recuperó una parte de sus oropeles gracias a sus fieles eslavos. Dos amiríes rigieron Valencia, hasta 1065, año en que la dominó Toledo, hasta 1075, en que la recuperó un tercer amirí, sucedido por un hijo, hasta 1086, en que tropas castellanas ayudaron a al-Qadir, ex rey de Toledo, a entronizarse en Valencia, donde reinó hasta su asesinato en 1092, tras el alzamiento de sus súbditos encabezados por el cadí Ibn Chahhaf. Este rigió la ciudad, equilibrando presiones exteriores del Cid, por un lado, y de los almorávides, por otro. Tras duros asedios, el Campeador entró en Valencia, en junio de 1094. En 1002 la ganaron los almorávides.

26. *Zaragoza*. No hubo ruptura, pues se alzó en taifa la familia árabe-andalusí de los Tuchibíes, sobresaliente en aquella marca desde siglos atrás; cuatro régulos de esta familia se sucedieron, entre comienzos del siglo XI y 1038 ó 1039, cuando Sulaymán b. Hud logró ocupar Zaragoza, instalando su dinastía, los Hudíes, hasta que fueron desplazados por los almorávides en 1110. Cinco régulos Hudíes se sucedieron en Zaragoza, y otros más se escindieron temporalmente en subtaifas, en Tudela, Huesca y Calatayud, o en Lérida, con Tortosa y Denia. Entre ellos, el más notorio fue al-Muqtadir, que logró expandirse y plasmar sus aspiraciones soberanas en su palacio de La Aljafería, así llamado por derivación de su nombre, *Abu Chafar*. La importancia de esta familia la hizo perdurar y alzarse en taifas más al sur, cuando al-Andalus volvió a fragmentarse, durante las decadencias de los almorávides y de los almohades.

Final de las taifas

Estas veintiséis taifas más notorias, como otras con menos entidad no citadas, acabaron de tres maneras: 1. por conquista de otra taifa (Algeciras, Arcos, Carmona, Córdoba, Denia, Huelva, Málaga, Mértola, Morón, Murcia, Niebla, Ronda, Santa María del Algarve, Silves, Tortosa); 2. por conquista cristiana (Toledo, Valencia); 3. por conquista de los almorávides (Albarracín, Almería, Alpuente, Badajoz, Baleares, Granada, Molina, Sevilla y Zaragoza, además de Valencia, al cabo). Todo este proceso —fragmentación política, enfrentamiento taifal, avance cristiano y su presión económica, y al final reorganización política por el centralismo de un Imperio exterior, el almorávide— ocasionó unas variaciones irreversibles en el equilibrio peninsular entre el Islam y la Cristiandad. El siglo XI fue así, como señaló Ramón Menéndez Pidal, *la centuria del gran viraje*. Al-Andalus, políticamente, no se recuperaría del todo a lo largo de los cuatro siglos que aún le quedaban de existencia.

(*) Ver HISTORIA 16, núm. 194, junio de 1992, El emir Abd Allah, por M. Carmen Jiménez Mota.

Al-Andalus en el siglo XI

Población, territorio y comercio

M.ª Isabel Calero
Arabista. Universidad de Málaga

Desde el punto de vista poblacional, el siglo XI se va a caracterizar por la heterogeneidad étnica. La población de al-Andalus, que en el siglo X se podía calificar como de *andalusí*, en el siglo XI se encontraría enfrentada a nuevos contingentes de beréberes norteafricanos, coexistiendo, además, con otros elementos étnicos no integrados en el tejido de la sociedad andalusí, que podía dividirse así:

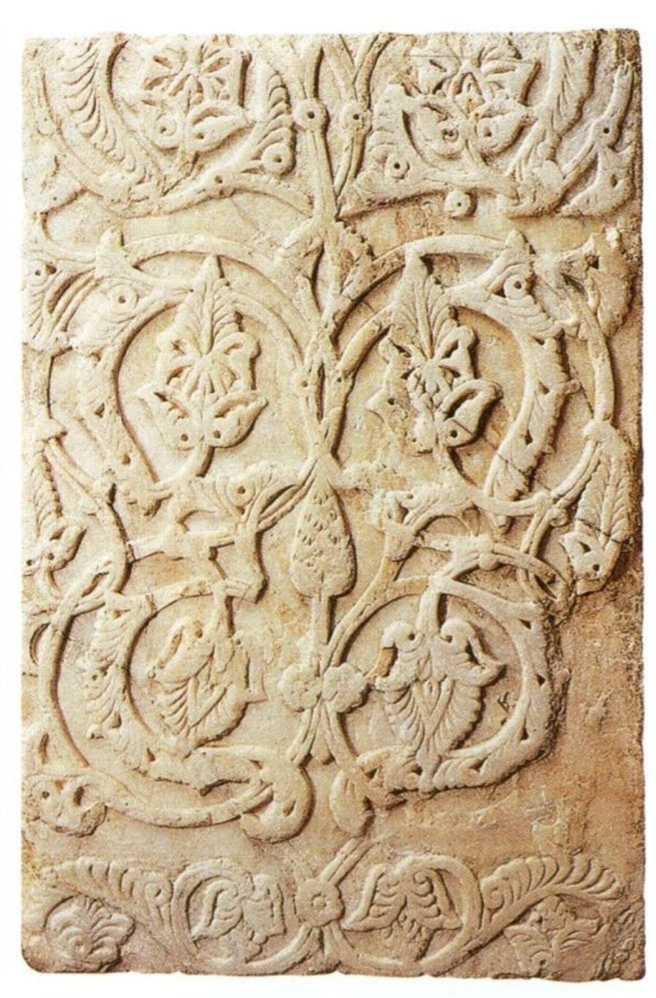
a) *El elemento autóctono,* formado por muladíes *(muwallads),* mozárabes y judíos, responde a una clasificación de tipo confesional.

Los muladíes configuran en el siglo XI el núcleo mayoritario de la población. Son los hispano-godos convertidos al Islam como resultado de la política de islamización del Estado iniciada por Abd al-Rahman II, que suponía la integración de la población valiéndose del Islam como religión del Estado y acompañada de un desarrollo profundo de la Administración. Este proceso culminará en el siglo X con el califato cordobés, en el que, según algunos estudios, la proporción de musulmanes alcanzaba posiblemente el 50 por 100 de la población. Sin embargo, es significativo comprobar que, a pesar del elevado volumen de este sector de la población, no existiese en el plano político una taifa que se denominara muladí o *muwallad,* salvo, tal vez, la de los Banu Harun del Algarve.

Los mozárabes, aquellos que siguen profesando el cristianismo, parecen constituir en el período que tratamos un elemento bastante minoritario pero, en todo caso, muy arabizado. Su estatuto legal era el de *dimmí*, protegido, con garantías de ejercicio privado de su religión y con la obligación del pago de la *chizya,* tributo de capitación. A finales del siglo XI este sector poblacional, ahora más rural que urbano, será casi residual y con nula trascendencia en lo político.

A la categoría de *dimmí* pertenecía, también, la población judía. Grandes comunidades existían en las más importantes ciudades de al-Andalus, como Toledo, Córdoba, Badajoz, Zaragoza, Valencia y Sevilla, pero será en la Granada zirí, ciudad de gran tradición judía, donde una familia de judíos, los Banu Nagrella, desempeñará un destacado papel político aportando visires del régulo Badis y de su hijo Buluggín. Los judíos andalusíes habían adoptado la lengua árabe, como refleja su excelente producción literaria, y, dedicados a actividades mercantiles, diplomáticas e, incluso, artesanales, vivían en barrios separados en las ciudades.

b) *El elemento foráneo,* constituido por árabes y beréberes llegados a la Península en el siglo VIII, se puede definir, también, como el elemento invasor cuya entrada fue fluida y no interrumpida desde entonces. Su diferenciación corresponde a un criterio étnico, dado que confesionalmente profesan el Islam. Esta dualidad étnica trascenderá al plano geopolítico de modo que las taifas que surjan tras la caída del califato se distribuirán étnica y geográficamente según su procedencia. Numerosos linajes árabes y beréberes andalusíes asumieron, además, el poder en territorios en donde muchos de ellos ejercían su dominio desde antiguo. En la primera mitad del siglo XI se alzan independientes taifas arabo-andalusíes en el sur y en la Marca Superior, separadas por una importante franja central ocupada por taifas beréberes-andalusíes. Pero, a lo largo de la segunda mitad del siglo, el panorama se simplifica en favor de dos focos arabo-andalusíes: los Abbadíes, en el valle del Guadalquivir, y los Banu Hud, en el valle del Ebro, que se ane-





Izquierda, relieve de época taifa —mediados del siglo XI— sobre una placa de mármol (Museo de Santa Cruz, Toledo). Abajo, capitel taifa, tallado en mármol (Museo del Taller del Moro, Toledo)

xionaron varias taifas, situadas a su alrededor.

Hubo familias arabo-andalusíes que permanecieron, durante todo el período o durante alguna etapa sólo, al frente de las taifas de Córdoba (los Chahwalies), Sevilla (los Abbadíes), Niebla (los Yahsubíes), Silves (los Muzayníes), Huelva (los Bakríes), Almería (los Banu Sumadih), Murcia (los Banu Tahir), Valencia (los Amiríes) y Zaragoza (primero los Banu Hud y luego los Tuchibíes). Todas estas familias reclamaban para sí un prestigioso origen árabe, y decían descender de tribus oriundas de la Península Arábiga, a través de antepasados llegados a al-Andalus en el siglo VIII, aureolados por la gloria de participar en la expansión islámica.

Por su parte, otras familias que lograron la soberanía de alguna taifa eran de origen beréber, pero estaban asentadas en al-Andalus desde el siglo VIII también, llegadas, asimismo, con la expansión islámica. Con el paso de los siglos se habían arabizado totalmente, y pretendían incluso tener una prestigiosa ascendencia árabe. Sus taifas se sitúan en el centro peninsular, en la *franja central beréber,* en Badajoz (los Aftasíes), Toledo (los Du l-Nún), Alpuente (los Banu Qasim) y Albarracín (los Banu Ratín).

Constituían un elemento de reciente implantación en la Península y, por ello, poco aglutinados con el resto de la población. En contraste con los andalusíes, formaban el sector menos arabizado y apenas hablaban árabe. Su llegada a al-Andalus fue fruto de la política intervencionista norteafricana de Abd al-Rahman III, incrementada en tiempos de Almanzor. Un gran número de tribus beréberes que pasaron a engrosar el ejército amirí se vió, al comienzo de la *fitna,* desprovisto de función, por lo que decidieron apoyar como grupo a uno de los candidatos, Sulayman al-Mustain, quien en pago de los servicios prestados les concedió territorios en calidad de feudos, originando así la creación de nuevas taifas, legitimadas por el reconocimiento otorgado por el califa. Una particularidad importante a destacar es su pertenencia a dos grandes confederaciones beréberes, la de los Zanata y la de los Sinhacha, del Magreb.

Estas taifas de beréberes *nuevos* se instalan en el sur de la Península, con el siguiente reparto según su origen tribal:

—Eran Zanatas, o Zenetes, las familias que rigieron las pequeñas taifas de Ronda (los Yafraníes), Carmona (los Birzalíes), Arcos (los Jizruníes) y Morón (los Dammaríes).

—Eran Sinhachas los régulos de la taifa de Granada, los Ziríes, que fueron muy importantes y llegaron a anexionarse la taifa malagueña de los Hammudíes, los cuales eran árabes idrisíes descendientes del Profeta, aunque muy berberizados, por residir en el Magreb hasta que, en los albores del siglo XI, empezaron a actuar en la Península Ibérica.

Otro grupo advenedizo está formado por los eslavos, *saqálibas,* esclavos de origen europeo y del norte peninsular que ocupaban altos cargos en la administración y en el ejército califal. Convertidos muchos de ellos en libertos, *mawali,* crecieron en número y poder, pero no llegaban a integrarse del todo en la sociedad andalusí. Durante la crisis del califato intervinieron en apoyo de los omeyas, especialmente de los amiríes, y ante las turbulencias políticas producidas en la capital a principios del siglo XI, abandonaron Córdoba y se instalaron en el levante y sureste de la Península, consiguiendo, en un proceso bastante oscuro, forjar unas taifas en Tortosa, Valencia, Denia, Baleares, Almería y Murcia. Sin embargo, poco a poco fueron perdiendo poder y al comienzo del período propiamente de taifas sólo estaban consolidados en Denia y Baleares. Sus regímenes inestables y sin arraigo social se vieron dificultados por las circunstancias personales de muchos de ellos, que, siendo eunucos, carecían de garantías sucesorias.

Los *abid,* esclavos negros de origen africano, proceden del intenso tráfico servil desarrollado durante el califato. Incorporados a la guardia personal de los califas, tuvieron un destacado papel en la crisis de principios del XI, pero, a diferencia de los eslavos, generalmente se pusieron del lado de los beréberes.

El estatuto personal de *mawali,* manumitidos, sólo se obtenía con la conversión al Islam e implicaba una relación de patronato bajo sus antiguos dueños.

El siglo XI produce dos hechos importantes en el espacio geopolítico de



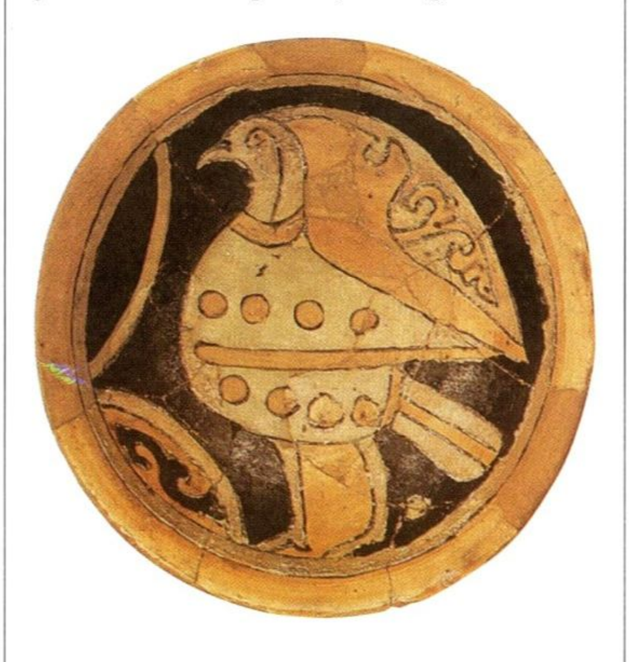
Arquitectura y decoración de época taifa en La Aljafería de Zaragoza (dibujo decimonónico, *La Ilustración Española y Americana*)

al-Andalus: la fragmentación del espacio interior y el retroceso de la frontera norte ante la presión cristiana, afectando particularmente al territorio de las Marcas, que ahora dejan de ejercer el papel defensivo para el que fueron creadas. Separando los nuevos Estados, existen en el interior de al-Andalus unas fronteras imprecisas, fluctuantes e inestables en función de la relación de fuerza pero que no parecen influir en otro tipo de relaciones como, por ejemplo, las mercantiles y culturales.

El territorio

El carácter urbano de la civilización arabo-islámica es esencial en el período que tratamos. La *madina,* ciudad, es el espacio urbano por excelencia y, según el modelo clásico islámico, está rodeada por una muralla, provista de arrabal, alcazaba, mezquita mayor, zocos, baños y alhóndigas, acumulando no sólo la mayor densidad demográfica, sino también la sede del poder político, el centro de la vida religioso-cultural y el foco de la actividad artesano-mercantil. Grandes ciudades se convierten ahora en capitales de pequeños sistemas estatales que asumen las funciones de la antigua capital del califato, emulándola; perciben impuestos de sus distritos, acuñan moneda y se constituyen en auténticas cortes li-

terarias. Las más importantes, tanto por extensión como por hábitat, son —según Torres Balbás— Sevilla, Córdoba, Toledo, Almería, Granada, Zaragoza, Mallorca, Málaga y Valencia, cuyos recintos superan, en algunos casos



con creces, las 40 hectáreas y los 15.000 habitantes. Ciudades de segundo orden pero con significación política fueron Murcia, Badajoz, Ronda, Silves, Tortosa y Denia, especialmente aquellas que fueron cabezas de taifas.

Córdoba, a pesar de que empezaba a reponerse de los avatares sufridos, era una ciudad arruinada que había perdido su protagonismo en favor de Sevilla, el centro urbano más sobresaliente de este siglo. Almería era un emporio mercantil gracias al intenso tráfico de su puerto, uno de los más activos del Mediterráneo. Toledo continuó manteniendo una primacía urbana como centro político e intelectual de la Marca Media hasta su pronta conquista. Zaragoza era la auténtica capital del norte, con una intensa vida cultural e industrial. Mallorca gozó de una gran actividad marítima, y Valencia y Denia, de una economía muy activa gracias a su riqueza agrícola. Granada y Málaga también conocieron una época de prosperidad aunque aún no les había llegado el momento de su verdadero protagonismo.

Desde el punto de vista arquitectónico, el edificio más característico era el palacio, símbolo de legitimación del poder político de aquellos régulos. Pocos vestigios quedan de la arquitectura palaciega del siglo XI, puesto que hubo un cambio en las técnicas de construcción, sustituyéndose la piedra por el ladrillo y la argamasa de tierra caliza y el mármol por la madera, materiales más perecederos. Sin embargo, la literatura de la época deja constancia del esplendor y magnificencia de aquellas construcciones. Se conserva el palacio de La Aljafería de Zaragoza, obra del hudí al-Muqtadir; La Almudaina de Mallorca, debida a Mubassar; parte del Qasr al-Mubarak de los Abbadíes, en el actual Alcázar de Sevilla, y restos del palacio hammudí de la Alcazaba de Málaga, pero apenas queda nada de otros, como el de al-Sumadihiyya de Almería, ciudad a la que los eslavos Jayran y Zuhayr dotaron de excelentes edificios y obras civiles.

Por motivos de seguridad se intensificaron, además, las construcciones de tipo defensivo y se reforzaron las ya existentes; prueba de ello son las alcazabas de Badajoz, Toledo, Málaga y Denia.

El campo

A pesar de la importancia de la vida urbana como factor característico de la sociedad islámica y andalusí, en particular, parece evidente que la masa rural sería el elemento más numeroso. Formado por comunidades campesinas étnicamente heterogéneas, se sentía distanciado de las tensiones políticas, aunque afectado por ellas. Ibn Hayyan, refiriéndose a la zona valenciana, describe la crisis social de los campesinos levantinos tras el desmoronamiento de la unidad política de al-Andalus en términos de un obligado abandono de las propiedades, que pasaron a convertirse en explotaciones privadas en tiempos de los eslavos Mubarak y Muzzafar. El retorno a sus tierras suponía para aquellos campesinos aceptar trabajar en sus antiguas propiedades a cambio de parte del producto, y esto parece haberse generalizado en el siglo XI, pues los régulos taifas procuraron incrementar sus riquezas, imponiendo a sus súbditos todas las contribuciones posibles.

Los centros de poblamiento en el medio rural son el *hisn* y la *qarya*. El primero, conocido generalmente como castillo, es un poblado fortificado en altura, enclavado en lugares estratégicos y comunicado visualmente con otros próximos, formando entre ellos un cor-



Artesanía de época taifa. Izquierda, ataifor; abajo, arqueta de Palencia, fabricada en marfil, cuero y oro (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

dón defensivo y controlador del territorio. Con estructura y funciones propiamente urbanas, contaba con un núcleo de poblamiento permanente y de volumen moderado. En el período que tratamos, su misión fundamental sería la protección de la capital de su taifa y del hábitat que, ante la inseguridad de los tiempos, se iba instalando en su entorno.

La *qarya* era también un poblamiento permanente de carácter eminentemente agrícola y ganadero, asentado en el llano y que nada tenía que ver con el concepto actual de alquería, por el que se suele traducir, que es poblamiento disperso. Probablemente, la *qarya* tenía unas dimensiones menores que el *hisn*.

Existían también granjas, llamadas *daya,* aldea, en hábitat disperso en las vegas de los grandes ríos y en zonas de regadío, así como recintos fortificados, *ribat* o rábitas, para vigilancia de los puntos más vulnerables del litoral y de las marcas, que alternaban con centros de retiro espiritual.

La diversidad de las tierras de al-Andalus condiciona las formas de vida de su hábitat. Del tipo de suelo y de sus formas de explotación dependerán, por tanto, las circunstancias en que se desarrolle la vida de quienes lo cultiven. Junto a zonas fértiles de regadío, como las vegas de los ríos del sur y de la meseta inferior y las huertas de Valencia y Murcia —en las que se mejoran las técnicas de riego mediante acequias, aceñas, norias, etc.— existe una gran zona de tierras de secano, dedicada al cultivo cerealista, que exige un régimen de propiedad y de explotación diferente. A través de los formularios notariales se puede concluir que se ha impuesto el contrato de aparcería, mejorando las condiciones de trabajo del aparcero, denominado *amir, munasif* y *sarik,* aparcero, mediero y asociado. En dichos contratos se estipulan las diversas modalidades de aparcería, las cláusulas de rescisión y de revisión del contrato, dependiendo de las calamidades agrícolas como la sequía, las inundaciones o las plagas, y las obligaciones de las partes contratantes. El contrato recibía los nombres de *muzara,* para las tierras de secano; de *musaqa*, para las de regadío, y de *mugarasa,* para la arboricultura, recibiendo el aparcero, en el primer caso, desde la mitad a las tres cuartas partes de la cosecha, aunque hay contratos por sólo la cuarta parte, mientras que en el de regadío sólo percibía un tercio.

Junto a cultivos tradicionales del mundo mediterráneo, trigo, olivo y vid, existe como factor innovador la aclimatación de nuevas especies y la introducción de nuevas técnicas. Las fuentes árabes dejan constancia de ciertas especialidades de cultivos locales como el azafrán. el arroz, la caña de azúcar, el algodón y diferentes árboles frutales. Un gran avance fue la aparición, durante el siglo XI, de los primeros tratados de agronomía y geopónicos, como los de Ibn Bassal, Ibn Wafid, Ibn al-Awwan y al-Tignarí, tendentes a mejorar la producción y obtener mayores cosechas.

El comercio

Durante este período subsiste un entramado de relaciones comerciales que no se ve afectado por la fragmentación y la inestabilidad del momento y que, siguiendo las pautas de la época califal, se centra en los núcleos urbanos, adquiriendo un auge significativo las actividades económicas propias de la vida urbana, como son la industria y el comercio.

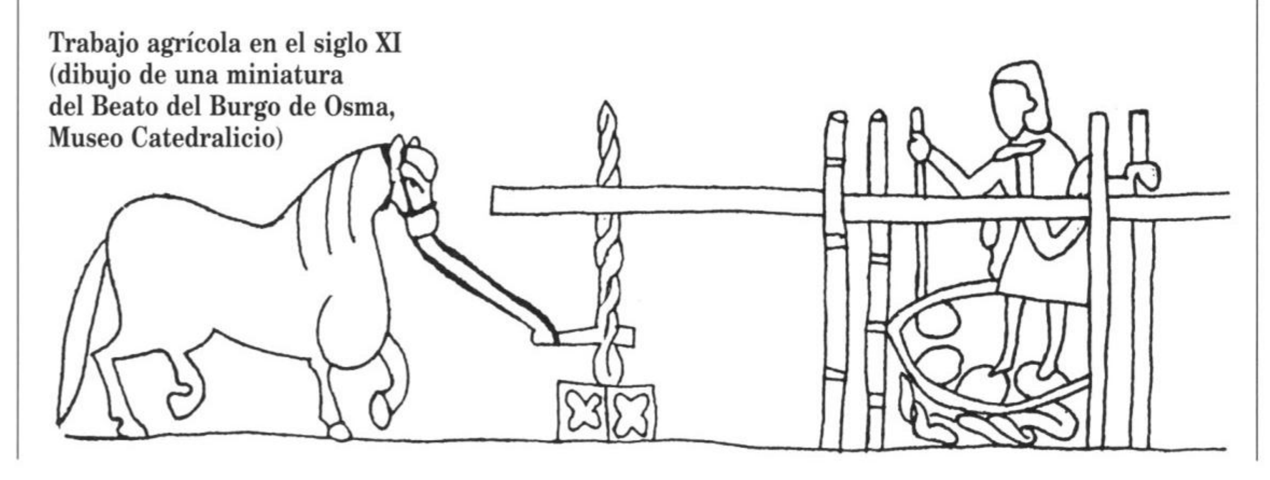
Por razones de diversa índole, el comercio va a tener un carácter eminentemente interno, basado en los productos agrícolas y los manufacturados, destinado a satisfacer el propio consumo. Este tráfico comercial utiliza las vías clásicas de comunicación y los ríos navegables, ocupándose la arriería de la totalidad de los transportes terrestres. Las transacciones, siempre según las pautas teóricas del derecho islámico, se realizan en las ciudades que cuentan con zocos o mercados especializados y con la presencia de un funcionario encargado expresamente de controlarlos, el *muhtasib* o *sahib al-suq, almotacén* o *zabazoque.*

Existía, además, un importante comercio exterior que encontró salida para algunos productos naturales e industriales en el norte de Africa, Oriente y norte peninsular. El comercio derivado de la agricultura se proveía de los excedentes de aceite de oliva, algodón, lino y frutos secos. Sin embargo, el trigo, elemento básico para la alimentación, generalmente debía importarse, pues no se producía lo suficiente para autoabastecerse.

La calidad de los productos industriales determinó una excelente demanda externa, sobre todo de productos suntuarios destinados a mercados de lujo. La producción intensiva de tejidos de alta calidad, que salía de talleres especiales, *dar al-tiraz,* empleaba a numerosos artesanos dedicados a labores de cardado, hilado y teñido. Eran muy apreciados los tejidos de brocados y sedas, como los famosos *hulal mawsiyya,* tejidos listados con motivos animales y vegetales que se fabricaban en Málaga. También se exportaban productos derivados de la industria lanera y del cuero, objetos de orfebrería y de vidrio, así como cerámica esmaltada y dorada.

En las transacciones al por mayor solía intervenir un intermediario y se almacenaban en *funduq* o *alhóndigas,* que disponían, además, de zonas de hospedaje. En las ciudades importantes existía la alcaicería, mercado estatal de carácter público destinado especialmente a los productos de lujo.

Otro tipo de comercio, de gran trascendencia, fue el de esclavos, pues por al-Andalus atravesaba la ruta que los traía desde Europa y el norte de la Península camino de otros ámbitos mediterráneos, y contaba con mercados especializados en cada ciudad.



Trabajo agrícola en el siglo XI (dibujo de una miniatura del Beato del Burgo de Osma, Museo Catedralicio)

Las bellas letras en las cortes de taifas

María Paz Torres
Arabista. Universidad de Málaga

Si en el terreno político la aparición de los distintos reinos de taifas a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XI supone la caída del califato omeya, la desmembración de al-Andalus y el principio del fin del dominio musulmán en la Península, en el campo de las bellas letras se puede hablar, sin embargo, de auténtica eclosión literaria. La nueva configuración autonómica recogerá la herencia cultural del califato, la multiplicará y descentralizará en sus diversos Estados y, cuando éstos vayan cayendo en la última década del siglo, la prolongará todavía durante unos años en el nuevo al-Andalus almorávide. Su espacio literario, por tanto, trasciende con creces su propio espacio histórico. Por una parte, recibe las últimas y posiblemente mejores voces del califato, que ante la incómoda e insostenible situación política de Córdoba optan, salvo raras excepciones, por emigrar a los recién constituidos reinos de taifas en busca de horizontes más despejados. Por otra, crea su propia generación, la que va a desplegar su actividad en la segunda mitad del siglo XI y que se encuentra repartida, y a veces itinerante, entre los nuevos reinos que rivalizan por atraerse a los mejores poetas del momento. Y finalmente, en las primeras décadas del siglo XII, cuando su segunda generación podría haber consolidado un estilo, una época y un hacer, la llegada de los beréberes almorávides la sitúa a caballo entre un pasado de gran vitalidad literaria y escasa consistencia política, y un presente en el que se han invertido los papeles.

Las últimas voces del califato

El ambiente de cultura y refinamiento creado por el califato, la riqueza de sus bibliotecas, la brillantez de sus maestros y el mecenazgo de sus gobernantes permitirán que aun en sus últimos momentos, cuando ya los días de la institución omeya están contados, Córdoba produzca una pujante generación de poetas y literatos que, hijos directos del califato, se verán, sin embargo, obligados a trasplantarse, salvo algún caso aislado, a los nuevos reinos de taifas ante la cambiante y peligrosa situación política de la capital.

El primero de ellos puede ser, por razones estrictamente cronológicas, Ibn Darrach al-Qastalli (958-1030), natural de Castellar de Santistéban, en Jaén. Poeta áulico del amirí Almanzor y de sus hijos, el asesinato del segundo de ellos, Sanchuelo, y los desórdenes políticos que siguieron le obligaron a buscar nuevos mecenas fuera de Córdoba. Tras recorrer otros Estados menores, fue acogido en la taifa de Zaragoza, donde se convirtió en poeta oficial de la corte tuchibí. Su caída en desgracia, por causas que se desconocen, le lleva a Denia, ciudad en la que muere. Poeta de corte, poeta panegirista, su poesía ofrece una técnica muy depurada y un dominio total de la lengua. Neoclásico al estilo oriental, recibió por ello el sobrenombre de *al-Mutanabbi de al-Andalus.*

Producto del califato es también Ahmad ibn Suhayd (992-1035). Cordobés de pura cepa, vivió de lleno los sucesivos cambios y destronamientos que precedieron a la abolición del califato. Como resultado, lo mismo lo encontramos en prisión con el califa Ali ibn Hammud, que encumbrado al cargo de visir durante los cuarenta y siete días que duró el mandato del omeya al-Mustazhir (2 de diciembre de 1023-17 de enero de 1024). En Córdoba transcurrió su vida, salvo una breve estancia de un año en Málaga.

Cultivador de la poesía de corte clasicista, considera que la inspiración es un don innato y defiende que el talento literario no reside en la profesionalización ni en la imitación servil, sino en las aptitudes naturales de la persona, y que es Dios, y no los libros ni los maestros, quien lo comunica. La aplicación de estos principios hace de Ibn Suhayd el primer poeta de importancia y auténtica originalidad de al-Andalus. Afectado por un ataque cerebral que le produce una parálisis progresiva y le lleva a la muerte siete meses más tarde, sus versos se cargan de la más desgarrada y humana sinceridad. Sin ninguna duda, los últimos meses de su vida constituyen su período creador más fructífero; compone no menos de diez poemas, algunos verdaderamente insuperables, y desde luego los mejores.

Como crítico literario es autor de una de las obras más interesantes de la España musulmana, tanto por el planteamiento general de la misma como por la teatralidad de sus cuadros. Se trata de la *Epístola de los genios,* en la que el autor, a través de un viaje imaginario, se traslada en compañía de su genio inspirador, Zuhayr, y a lomos de una yegua negra, al mundo de los genios. Una vez allí, le pide a Zuhayr —que actuará de guía— que le presente a los genios inspiradores de los poetas y prosistas más afamados, con los que entabla conversación, les recita composiciones propias y obtiene su aprobación. A continuación se vierte una serie de críticas tomando como pretexto una tertulia literaria de genios y, finalmente, es invitado a arbitrar en una justa poética. El origen de este planteamiento (viaje a otro mundo, conversación con los personajes que encuentra, existencia de un guía, etcétera), que ofrece además bastantes puntos comunes con *La Divina Comedia,* podría encontrarse en la visión escatológica surgida en el mundo islámico en torno a las leyendas del *mirach* o ascensión de Mahoma a los cielos, a partir del viaje nocturno mencionado en el Corán (Sura 17, 1).

El collar de la paloma

Amigo y compañero de Ibn Suhayd, con el que comparte el efímero visirato de cuarenta y siete días del califa al-Mustazhir, es el también cordobés Ibn Hazm (994-1064). Hijo de un ministro de Almanzor, la caída de la dinastía amirí y la ruina y persecución que a causa de ello sufrió su familia lo convierten en un inconformista e incómodo intelectual trashumante al que su feroz defensa del legitimismo omeya y su militancia en la escuela literalista zahirí, opuesta a la malikí imperante en al-Andalus, lo hacen indeseable en todos los reinos de taifas y lo sitúan al margen de la ortodoxia. Tras un largo peregrinar plagado de sinsabores y desengaños, entre los que no se puede olvidar la pública quema de sus libros en Sevilla por orden del abbadí al-Mutadid, se retira a su casa familiar de Huelva, donde muere.

Poeta, literato, genealogista, historiador, jurista, exegeta, filósofo, polemista, este gran polígrafo es, sin duda, uno de los representantes más significativos y fecundos de la literatura andalusí y un genuino producto de la etapa califal.

Destacamos entre sus obras el *Fisal,* primera historia crítica y comparada de las diversas opiniones religiosas, o su *Epístola en elogio de al-Andalus,* en la que, con claro sentido autodefensivo, recoge una aguda observación respecto al trato que al-Andalus da a sus sabios: *Lo que ocurre en nuestro país confirma plenamente el proverbio usual: Nadie hace menos caso de un sabio que su propia familia. Yo he leído en el Evangelio que Jesús ha dicho: Nadie es profeta en su tierra.*

Pero entre todas sus obras, la que más fama le ha dado en Occidente es *El collar de la paloma,* traducida a un buen número de lenguas. Obra de juventud, sus treinta capítulos constituyen el más completo tratado sobre el amor y los amantes que se haya escrito en la Edad Media. Algunos de sus capítulos, como los dedicados a describir la esencia del amor o los síntomas que lo acompañan, confirman la universalidad y vigencia de la obra. No menos interesantes son sus alusiones a los personajes que se mueven en torno a los enamorados: el *mensajero (safir),* relacionado con la celestina o trotaconventos; el *espía/guardador (raqib),* de clara similitud con el guardador provenzal; el *calumniador (wasi)* y el *censor (adil).*

Más joven que los anteriores, pero igualmente cordobés y formado en el



Tejido de seda de época taifa conocido como el *Palio de las brujas* (Museo Episcopal de Vic, Barcelona)

califato, es el poeta y epistológrafo Ibn Zaydun (1003-1071). De familia aristocrática, su pasión amorosa por la princesa y poetisa Wallada, correspondida durante algún tiempo, le inspiró, al verse rechazado, los más bellos versos de amor que circulan entre los árabes. En relación también con estos amores surgen sus dos más famosas epístolas. La primera, de tono burlesco, en la que ridiculiza a su rival Ibn Abdus, por quien Wallada le había sustituido, pone en boca de ésta una subida sátira que tuvo una enorme difusión en Córdoba y a la que aquél respondió con in-

trigas hasta conseguir la prisión del poeta. La segunda, más larga y destinada a obtener clemencia, es una epístola densa y llena de erudición. Amnistiado al fin, Ibn Zaydun se refugia en la taifa de Sevilla, donde al-Mutadid le nombra visir y poeta oficial, cargo en el que le confirmó su hijo al-Mutamid al sucederle en 1069. Dos años más tarde moría nuestro poeta.

En su poesía, de corte neoclásico, hay dos manifestaciones muy distintas. En sus años de poeta oficial, y salvo composiciones muy concretas, su inspiración y originalidad, tan brillantes y conmovedores en el tiempo de su infortunio, dan paso a una poesía fría, rebuscada y convencional.

Las cortes de taifas

El derrocamiento y muerte del segundo hijo de Almanzor, Abd al-Rahman Sanchuelo, inicia en al-Andalus, en la primera década del siglo XI, una crisis civil de enorme trascendencia. Las facciones en pugna —andalusíes (árabes, muladíes y beréberes arabizados), eslavos y beréberes no arabizados— aprovecharán la debilidad cada vez mayor del poder central para configurar un nuevo al-Andalus lleno de Estados autónomos o taifas en los que ellos se establecen como soberanos independientes.

Estos nuevos Estados rivalizarán entre sí no sólo por cuestiones dinásticas o territoriales, sino que, ampliándolo al terreno de las letras, también competirán para acaparar los mejores letrados y poetas, y sus soberanos tendrán a gala favorecer los estudios literarios. Es el momento en que ser poeta abre las puertas de palacio y una buena poesía puede ser premiada con un cargo. Los poetas serán visires y los reyes serán poetas. Todas las taifas, salvo algún caso realmente excepcional, dispondrán de su corte literaria, pero entre todas, y desde el primer momento, Sevilla se erige como nueva capital literaria de al-Andalus y congrega a los mejores poetas.

Desde que la taifa sevillana comienza su andadura independiente con Muhammad b. Abbad (1023-1042), ya encontramos en torno a él un círculo literario en el que cabe destacar a su joven secretario y visir Abu l-Walid al-Himyari (1026-1048), autor de una bella antología poética sobre la primavera y las flores, en la que recoge principalmente composiciones de sus contemporáneos y amigos sevillanos. A la obra incorpora algunas epístolas, una de él mismo, en las que prosa y verso se entremezclan para entablar animadas querellas de flores.

Con su hijo y sucesor al-Mutadid (1042-1069), muy aficionado a la poesía y él mismo poeta, el círculo se amplía. Ministros suyos fueron entre otros Ibn Hisn al-Isbili y el ya mencionado Ibn Zaydun, y en su corte encuentra acogida un joven y oscuro personaje de Silves llamado Ibn Ammar, que, recién llegado a Sevilla, dirige al monarca una cuidada casida panegírica ensalzando su valor y su bravura en las últimas campañas militares. Con este poema Ibn Ammar se ganó un puesto en la corte y la posibilidad de entablar amistad con el príncipe Muhammad, más tarde rey de Sevilla con el nombre de al-Mutamid.

Es con este rey, al-Mutamid, que gobierna de 1069 a 1091, con quien Sevilla realmente se convierte en el centro intelectual de al-Andalus. Con una sólida y esmerada formación literaria, fomentada especialmente por su padre, junto a unas dotes poéticas más que notables, su mecenazgo trascendió las fronteras de al-Andalus y en su corte se dieron cita los mejores poetas del Occidente árabe, incluidos el norte de Africa y Sicilia.

Vida y poesía constituyen en al-Mutamid un todo inseparable: la pasión común por la poesía le unió a su amigo Ibn Ammar; un verso completado junto al río le casa con Itimad; poetas fueron varios de sus hijos; poetas le despidieron de amanecida en el Guadalquivir cuando, destronado por los almorávides, embarcó para el exilio, y en la poesía se refugia, desterrado en tierras africanas, para llorar sus desdichas y lamentarse por sus cadenas. Poesía, al fin, será su propio epitafio como único cierre posible de su vida. En 1095 muere en su exilio marroquí de Agmat; allí continúa su tumba.

Su relación desde muy joven con Ibn Ammar, al que llegó a hacer primer ministro, sufrió una serie de altibajos a los que no fue ajena la desmedida ambición política de aquél y su deslealtad. La última traición no consiguió el perdón real y al-Mutamid lo mató en la cárcel con su propia mano. Era el año 1086.



La corte del taifa almeriense al-Mustasin, famoso por su mecenazgo de poetas y artistas (grabado decimonónico de Serra)

Compuso nuestro rey-poeta gran cantidad de poemas, la mayor parte de factura neoclásica, aunque también cultivó el impromptu y las moaxajas. De estas últimas se conserva una con jarcha romance. Sus mejores versos, los más sinceros y desgarrados, corresponden a la etapa del exilio. Especialmente célebres se han hecho los dedicados a sus cadenas en la traducción de Juan Valera.

Tanto al-Mutamid como Ibn Ammar son figuras novelescas, salpicadas de romanticismo y envueltas en la leyenda. A partir de la publicación en Espa-

ña de la traducción de la obra de R. Dozy *Historia de los musulmanes de España* (4 vols., Madrid, 1877; reimpr. Turner, 1982), en la que una buena parte de su tomo IV está dedicada a estos personajes, se ha creado en torno a ellos toda una literatura posterior que podemos concretar en la versión novelada de C. Sánchez Albornoz, *Ben Ammar de Sevilla* (Madrid, 1972), y la versión dramática de Blas Infante, *Motamid, último rey de Sevilla* (1920; 2.ª ed., Sevilla, 1983).

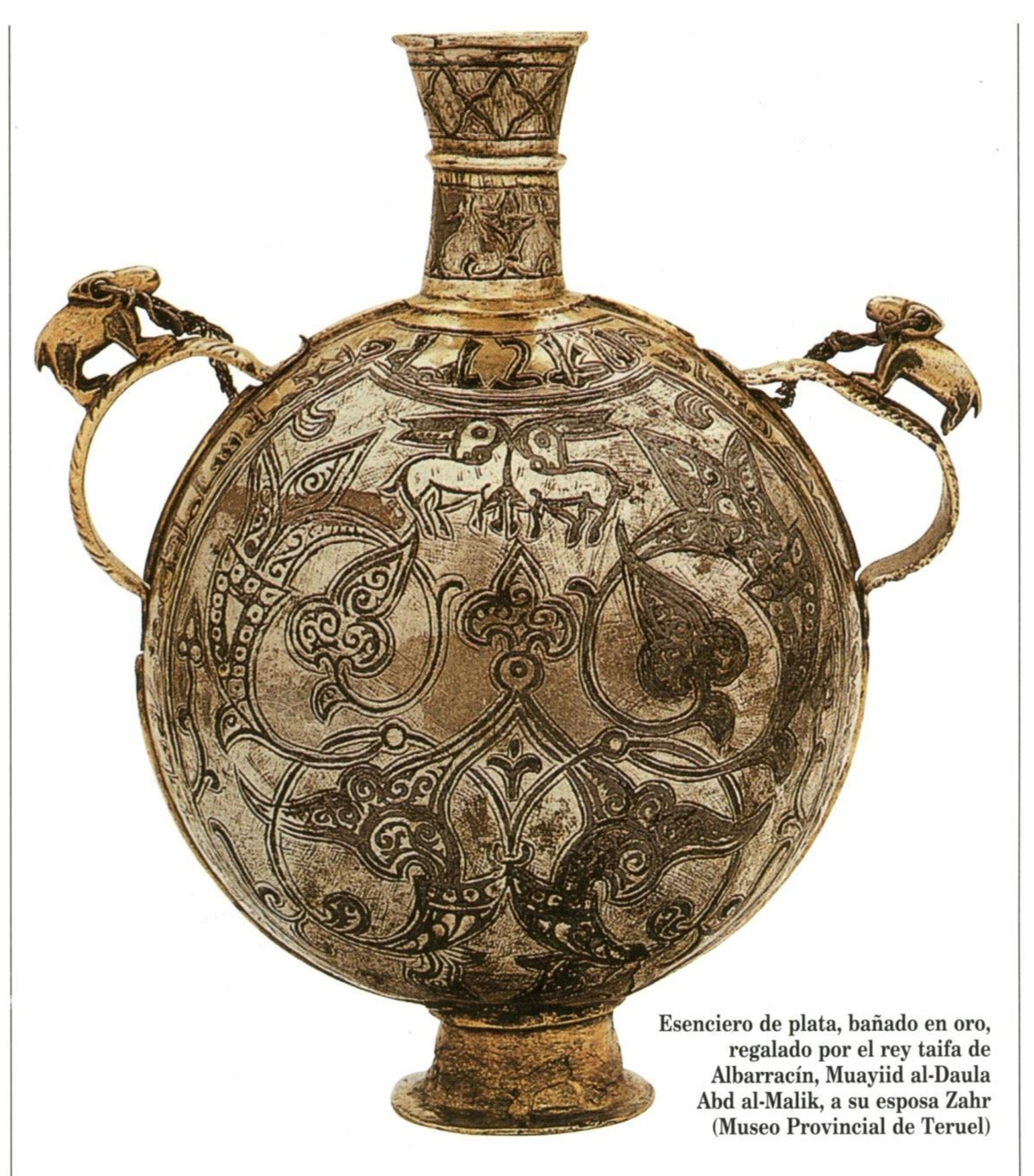
Poeta de la misma taifa es el murciano Ibn Wahbun (1039-1092), hombre de origen humilde, pero que había adquirido una gran cultura y destacó en la corte por su facilidad para las improvisaciones y su brillantez, llegando a ser uno de los panegiristas oficiales de al-Mutamid. El siciliano Ibn Hamdis (1055-1133) llegó a Sevilla hacia 1078. Su incorporación a la corte le permitió seguir muy de cerca los acontecimientos políticos y militares del momento. Merecen citarse dos composiciones suyas en las que celebra las hazañas de al-Mutamid en la batalla de Zalaca. Tomada Sevilla por los almorávides y desterrado el monarca sevillano, Ibn Hamdis abandona al-Andalus y, como poeta itinerante, recorre las cortes del norte de Africa hasta terminar sus días en Mallorca. Ibn al-Labbana, de Denia (m. 1113), hijo, según su nombre indica, de una lechera, recorrió diversas taifas —Almería, Toledo, Badajoz— antes de llegar a Sevilla, donde obtuvo el apoyo de al-Mutamid y sus hijos. Muy leal en sus afectos, fue una de las más emotivas voces poéticas que se sumó a la triste despedida de al-Mutamid, al que luego visitaría en su exilio de Agmat. Autor de moaxajas, se conserva una de ellas con jarcha romance.

La corte de al-Mutasim

En torno a la figura de al-Mutasim (1052-1091), rey-poeta, la taifa de Almería reúne un importante grupo de poetas y literatos, algunos de ellos procedentes de la vecina taifa de Granada, que, regida por beréberes y gobernada por judíos, rechazaba más que atraía a los hombres de letras árabes. Ibn al-Haddad (m. 1133), natural de Guadix, fue un buen poeta, un buen prosista y un sabio; panegirista de corte, su poesía áulica es inferior a su poesía amorosa. Célebres son los versos dedicados a una joven cristiana a la que conoció durante un viaje de peregrinación y de la que se enamoró sin correspondencia. El granadino al-Sumaysir, anti-beréber furibundo, se hizo famoso por sus sátiras contra los ziríes de Granada. En el terreno de la prosa destacan el cordobés itinerante Ahmad ibn Burd al-Asgar (m. 1054), que antes de llegar a Almería había estado en Denia, y Umar ibn al-Sahid, conocidos ambos por sus *epístolas* y *maqamas,* ejercicios retóricos en prosa rimada sobre temas diversos.

Los soberanos aftasíes de Badajoz destacan por su erudición. En la corte de al-Muzaffar (1045-1067), autor él mismo de una voluminosa enciclopedia hoy perdida llamada *al-Muzaffari,* prosperan poetas como Ibn Sara, de Santarém, de inspiración modernista. Con al-Mutawakkil (1067-1095), monarca culto y con buenas dotes para la poesía, encontramos a Ibn Abdun, de Evora (m. 1134), de sólidos conocimientos literarios pero de cuya obra escrita casi nada ha llegado a nosotros, salvo una casida de 75 versos que compuso con motivo de la caída de los aftasíes a manos de los almorávides (1095). Este poema, elegía a modo de los *ubi sunt,* aunque posee valores literarios y ha sido objeto de comentarios posteriores, resulta farragoso y frío. La vinculación de Ibn Abdun a la dinastía aftasí no le impidió pasarse a continuación a la corte de los vencedores.

Las taifas eslavas también jugaron un papel importante en el panorama cultural de al-Andalus, siendo posiblemente Denia, con su soberano Muchahid a la cabeza (1010-1045), la más renombrada. Este monarca, liberto de origen cristiano de Almanzor, fue hombre de gran cultura y profundos conocimientos. Además de su protección a los estudios coránicos, su interés por la lengua le llevó a componer un tratado de prosodia, hoy perdido, y abordar la composición de un diccionario cuya terminación, al no poder culminarla por sus tareas de gobierno y su participación en las expediciones militares, encargó al *hombre de letras* y *hombre de armas,* el ya mencionado Ahmad ibn Burd al-Asgar. Este compuso para él una *Epístola de la espada y el cálamo,* en prosa rimada, que pertenece al género de la *mufajara,* similar a las *disputas* de la literatura medieval. Si-



Esenciero de plata, bañado en oro, regalado por el rey taifa de Albarracín, Muayiid al-Daula Abd al-Malik, a su esposa Zahr (Museo Provincial de Teruel)

guiendo con las epístolas, es también famosa la de Ibn García, autor de origen cristiano e hispánico, como su nombre indica y él mismo confiesa. En dicha epístola Ibn García defiende la superioridad de los musulmanes no árabes frente a los árabes, alineándose en la reacción cultural nacionalista de aquéllos frente a éstos, conocida como *suubiyya*.

De una u otra forma, todas las taifas cultivan y protegen las bellas letras, y aunque cada una tenga su especialidad, y algunas se orienten más hacia las ciencias, en todas habrá sitio para la poesía.

Excepción constituye Granada. Esta taifa, regida por beréberes llegados a última hora, sin tiempo para aprender las sutilezas de la lengua árabe y gobernada por la familia judía de los Ben Nagrella, no sólo no atrae a los poetas itinerantes, sino que extraña a los propios, como el ya aludido al-Sumaysir, que tuvo que buscar refugio en Almería. En Granada los únicos versos posibles son los del inconformismo, los de la rebeldía, los de la oposición, los que surgen al margen de la corte y de los círculos oficiales. Son los versos del alfaquí Abu Ishaq de Elvira (m. 1067), autor de un largo poema político, de un

antisemitismo exacerbado, cargado de odio, que sin duda alguna contribuyó a provocar el célebre *pogrom* granadino de 1066, en el que fueron asesinados el ministro Samuel ibn Nagrella y centenares de judíos. Caso aparte lo constituye el poeta Munfatil, que, convertido en secreto al judaísmo, ante el escándalo general no duda en cantar las glorias del ministro Samuel ibn Nagrella. Muy distinto podría haber llegado a ser el panorama literario de esta taifa de no haber sucumbido ante el poder almorávide. Con el correr del siglo, sus soberanos beréberes se habían ido arabizando, y el último de ellos, Abd Allah (1073-1090), llegó a poseer una brillante cultura árabe que le permitió componer, una vez en el exilio, sus memorias, interesante autobiografía que se convierte en documento de primera mano sobre los reinos de taifas.

En los umbrales del siglo XII

Los avatares políticos de los reinos de taifas y su rápida desaparición al final del siglo XI a manos de los almorávides, teóricamente llegados para prestarles auxilio frente a los cristianos, inician un nuevo período histórico en al-Andalus. La tradición poética, sin embargo, no desaparece con la misma rapidez. Son muchos los poetas y secretarios de las distintas taifas que se pasan a las nuevas cancillerías; otros prefieren refugiarse en su retiro provinciano; algunos, en fin, se extrapolan de la Península buscando en otras cortes lo que aquí ya no se encontraba: ambiente propicio para la poesía. Entre todos destacan dos grandes figuras: Ibn Bachcha, el *Avempace* de los escolásticos, e Ibn Jafacha, apodado *al-channan* (el jardinero) por sus descripciones florales.

Ibn Bachcha (m. 1139), nacido en Zaragoza hacia 1070, se formó en el clima de comprensión intelectual que caracterizó la época de taifas. Conquistada Zaragoza por los almorávides en 1110, se pasa a su servicio y llega a ocupar el cargo de ministro. Como filósofo es autor, entre otras obras, de *El régimen del solitario,* basada en la doctrina de Aristóteles, del que *Avempace* fue destacado comentarista, sobre la felicidad suprema y el fin último del hombre. Como poeta cultivó la moaxaja y podría haber sido el inventor del zéjel.

Ibn Jafacha (1058-1139) nació en Alcira en el seno de una familia acomodada y bien asentada en la región. Lejos de ser un poeta de corte, es el cantor por excelencia del paisaje levantino. Sus descripciones de ríos, jardines y flores dieron lugar a una importante escuela de paisajistas, en la que ocupa un lugar preferente su propio sobrino, Ibn al-Zaqqaq.

Ciencia y técnica

Juan Vernet
De la Real Academia de la Historia

El siglo XI se inició mal para los andalusíes: después de la guerra civil que duró más de veinte años, los reinos de taifas, que habían nacido como consecuencia de la misma, no sólo se desangraron luchando entre sí, con o sin ayuda de los reinos cristianos, sino que su política interior, excepto unos cuantos casos (Sevilla), se vio frecuentemente perturbada por luchas intestinas. Al fin y al cabo, si Sancho I el Mayor de Navarra o Fernando I de Castilla, al testar, repartían el reino entre sus hijos, lo mismo hacía Sulaymán b. Hud de Zaragoza. La diferencia radicaba en que los Estados musulmanes, mucho más numerosos que los cristianos, recurrían a éstos para que los ayudaran contra sus correligionarios. Para poder pagar a sus auxiliares —casi siempre los propios reyes cristianos, pero a veces también señores particulares (piénsese en el Cid, que estuvo al servicio de los Banu Hud de Zaragoza)— los impuestos sobre la población musulmana au-

mentaban constantemente. Y a esto se añadían los caprichos de los propios señores taifas: unos protegían a los poetas; otros, a los científícos, etcétera. Pero todo ello a costa de nuevas contribuciones que arrancaban a sus súbditos.

Dentro del mismo círculo de los cortesanos existían numerosas rencillas que, en algún caso, tuvieron su importancia en el desarrollo científico-técnico. Maribel Fierro demuestra para Toledo, en un original artículo (1), cómo la sucesión de cadíes de esa ciudad bajo la égida de un mismo soberano, al-Mamún, pudo motivar cambios en la política científica. Said al-Andalusí, autor de la primera *Historia de la Ciencia* digna de ese nombre, ocupó el cargo, al menos dos veces (antes del 1058 y después del 1067 hasta su muerte). Este hombre estaba vinculado a la familia *liberal* de los Hadidí. Uno de sus amigos, al-Waqqasí (m. 1096), ha pasado a la posteridad con fama de librepensador a causa de su tendencia a colaborar con los cristianos, pero, especialmente, por un par de versos que se le atribuyeron y que decían: *Me aflige pensar que las ciencias de la humanidad son dos y que si las aprendo no tengo más que aprender / Una ciencia [la teología] cuya comprobación real es imposible y otra [la filosofa] cuya verdad de nada sirve (2).*

Pero al-Waqqasí no era el único escéptico de la época. Fierro resume la situación con las siguientes palabras: *Es... cuando algunos médicos judíos abogaron por una persuasión universal... constituida a base de todo lo bueno y honorable ordenado por las diversas religiones, es decir, abogaron por una cultura ética. Es también la época en que se discutió en al-Andalus... la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios o la veracidad de la profecía o cuál de las religiones existentes es la verdadera. No es de extrañar, por tanto, que cuando Toledo cae en manos de los cristianos, un musulmán... se convierte al cristianismo diciendo que, en último término, el Dios de los cristianos y el de los musulmanes es el mismo.*

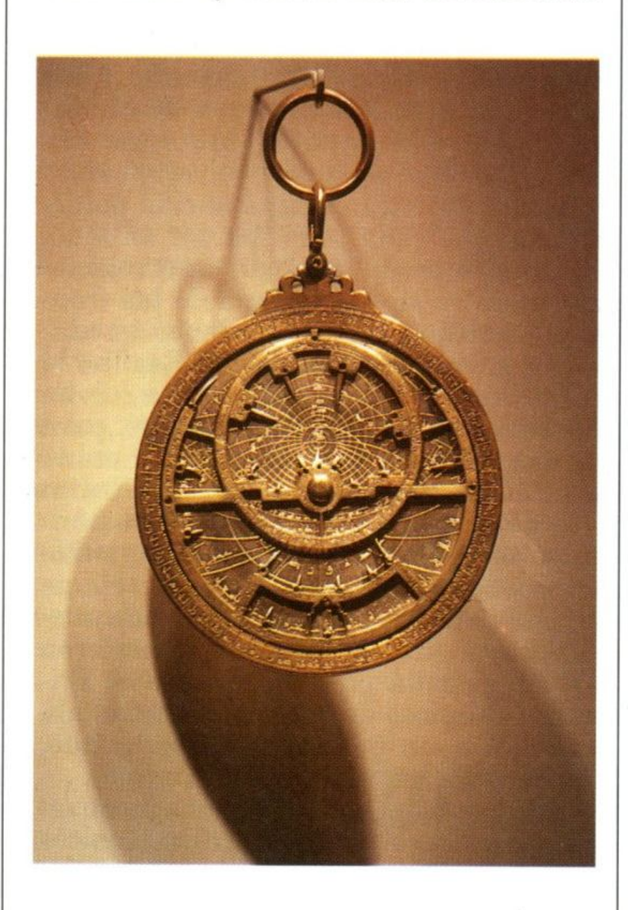
A estos grupos les parecía correcto el estudio de la ciencia de los *antiguos,* es decir, las obras de Aristóteles y de Tolomeo. Sin embargo, en un cierto momento el cadiazgo de Toledo pasó a manos de Abu Zayd al-Hassa, vinculado con la familia de los Banu Mugit, conservadores, y las ciencias de los *antiguos* empezaron a ser mal vistas. El asesinato de Ibn al-Hadidí (3) (1076) en presencia del sucesor de al-Mamún, al-Qádir, debió hacer pensar a los científicos más destacados que era hora de buscar refugio en los Estados del sevillano al-Mutamid: el astrónomo Azarquiel (h. 1078), los agrónomos Ibn Bassal y Ibn al-Luengo y otros emigraron hacia el sur. Además, vivir en Toledo, Zaragoza u otros reinos con frontera directa con los cristianos no permitía tener tranquilidad de espíritu para dedicarse a la investigación que, aunque entonces no se llamara así, se practicaba en casi todo al-Andalus. Y para muestra, basta ver la biografía y los textos de uno de los visires de al-Mamún, Abu-l-Mutarrif b. Mutanna (m. 1063) (4).

Estas difíciles circunstancias políticas, en que cada taifa iba por su lado, llevaron a los alfaquíes a interrelacionarse entre sí, por encima de las fronteras políticas para mantener la unidad y ortodoxia de *su* islam. Esa fue la misión del *censor de costumbres* Muhammad b. Labid al-Murabit, para conseguir que la pena capital dictada en Toledo contra el hereje Ibn Hatim —quien huyó— se cumpliera bastantes anos más tarde legalmente (1072) en Córdoba, que entonces dependía de Sevilla. Ahora bien: el *censor de costumbres* o sus mensajeros recorrieron media España para evitar que el *Tribunal* religioso de cualquier ciudad absolviera a un pecador, ya condenado, acusado de ser maniqueo *(zandaqí).*

Pero, a pesar de todos estos inconvenientes, los estudios científico-técnicos se desarrollaron por doquier. A mediados del siglo XI eran conocidas y discutidas casi todas las obras, auténticas o no, atribuidas a Aristóteles; las poco recomendables ciencias ocultas y la mitología astral de Harran (Asia Menor) se introducían a través de Abu Maslama de Madrid y al-Karmani hasta el pie de los Pirineos; el *Almagesto* de Tolomeo era objeto de la atención de Azarquiel, quien, con sus colaboradores, calculó unas nuevas *Tablas astronómicas* que son el precedente inmediato de las de *Alfonso X,* además de un *Almanaque* que es el único conocido en su género hasta ahora. Gracias a sus trabajos astronómicos, Azarquiel llegó a utilizar, por primera vez en el

campo de la astronomía, una curva no circular: el óvalo del deferente de Mercurio, y a descubrir el movimiento del apogeo del Sol.

Además, Azarquiel construyó dos clepsidras, a orillas del Tajo, que no sólo señalaban la hora del día sino también las fases de la Luna. Funcionaron hasta el reinado de Alfonso VII, cerca de medio siglo después de la reconquista de Toledo. En esta misma ciudad y época, con los mismos hombres, se realizó una serie de modificaciones del astrolabio que transformaron este instrumento en un útil de observación y cálculo más sencillo. Así



nacieron la azafea, la lámina universal, los ecuatorios, etcétera, que se utilizaron en el mundo europeo hasta fines del siglo XVI (5).

Personaje al que no se puede olvidar es Ibrahim b. Saíd, el de (Castellón de) la Plana, pues no sólo nos habla de él el cadí Said en su *Historia de la Ciencia* como de un joven sabio constructor de astrolabios en Toledo, sino que después de la muerte de aquél siguió trabajando primero en la capital del Tajo, luego en Valencia, y construyó numerosos instrumentos hasta fines del siglo XI. En el año 1080 parece que ya se había trasladado al Levante español, pues hizo uno de los primeros globos celestes que conservamos y que dedicó al alcaide Isa b. Labbún (lo tenemos documentado por la *Dajira*), señor de Murviedro (Sagunto). El análisis de sus astrolabios muestra que al-Sahlí construía —al menos nos consta en un caso— más láminas para latitudes de las que cabían en la *madre* del instrumento.

Al mismo tiempo, en la Huerta del Rey de Toledo, Ibn Bassal —que había recorrido medio mundo con motivo de su peregrinación a La Meca— realizaba experimentos sobre injertos, mejora de especies botánicas, etcétera, que continuó más tarde en el Jardín del Sultán en Sevilla (6). La introducción de los cítricos en la Península estaba ya muy adelantada, pues en el siglo XI era conocida la naranja amarga y, probablemente, la dulce. Al mismo tiempo, los agrónomos andalusíes que se refugiaron en Sevilla desarrollaron un original sistema de clasificación de las plantas que puede considerarse como precedente del de Linneo.

En Zaragoza se desarrolló especialmente el cultivo de las matemáticas y el análisis de las obras de Aristóteles. En el primer campo se distinguió su rey, al-Mutaman (1081-1086) cuya obra, que se creía perdida, se va encontrando ahora, poco a poco, en los manuscritos. En ese mismo campo hay que incluir al valenciano Ibn al-Sayyid, cuyos logros —que superaron a los de los griegos— nos han sido transmitidos en resumen por su discípulo *Avempace.* Es curioso observar la gran cantidad de alfaquíes y de hombres de letras —menos de ciencias— que residieron durante algún tiempo en Zaragoza. Esta cuña del islam, que avanzaba hasta los pies de los Pirineos, parece haber tenido una gran influencia en la introducción en el mundo cristiano de muchos conocimientos propios del árabe, gracias a su nutrida y, en parte, selecta, comunidad judía. Uno de ellos, el oscense Mosé ha-Sefardí, convertido al cristianismo en 1106, llegó hasta Inglaterra, en donde introdujo sistemas de cálculo árabes y tradujo al latín cuentos, algunos de los cuales se encuentran aún hoy en *Las mil y una noches.* Y también, y por los motivos que fueran, Zaragoza fue objeto de la atención de las primeras *misiones* cristianas que inauguraban un nuevo estilo de polémica religiosa en-

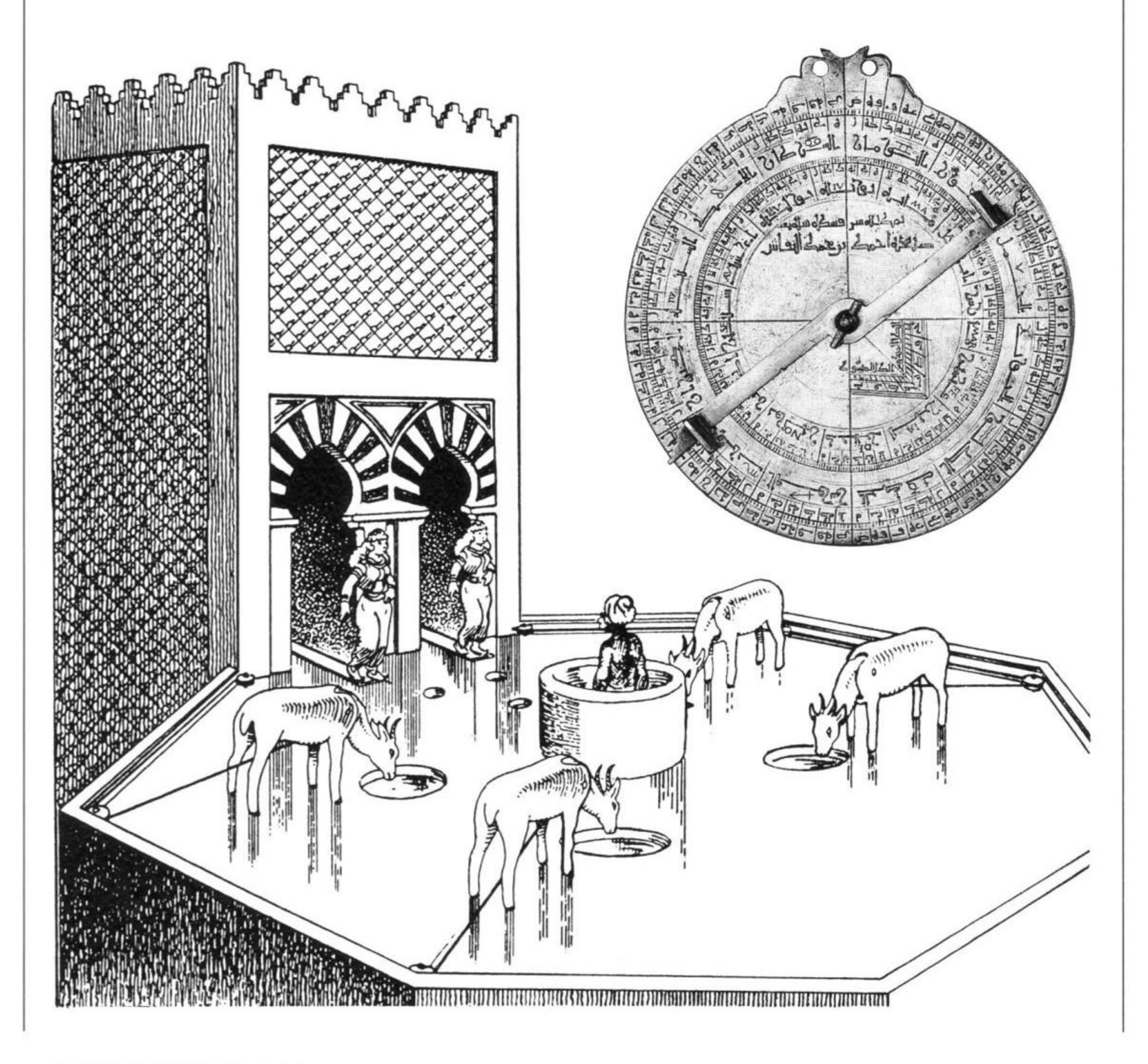


Izquierda, astrolabio de Muhammad al-Naqqas, Zaragoza 1079/80 (Museo Nacional Alemán, Nuremberg). Arriba, globo celeste construido en la Península en época taifa y atribuido a Ibrahim Said al-Sahli (Biblioteca Nacional, París)

tre el cristianismo y el islam occidentales.

Said de Toledo, en su *Historia de la Ciencia,* demuestra estar bien informado sobre lo que ocurría en al-Andalus, aunque no de todo. Autores de primer orden se le escapan. Si sabe que en Cuenca al-Istichí está escribiendo el *Libro de las cruces* —en realidad una nueva redacción de la antigua astrología bajorromana traducida al árabe por al-Dabbí (h. 800)—, no tiene en cambio noticia de otros científicos importantes. Por ejemplo, no habla ni de Abd al-Karim b. Muttanna ni de Ibn al-Muad de Jaén *el Joven* (m. 1093), autor del primer tratado andalusí dedicado *exclusivamente* al estudio de la Trigonometría esférica y cuyo texto innovador no puede explicarse por completo a base de los conocimientos que habría adquirido en un hipotético viaje a Oriente, del que por ahora no se ha encontrado mención en las fuentes. Además, calculó correctamente la altura de la atmósfera de la Tierra.

Al lado de la ciencia va la técnica, y es en el siglo XI cuando un tal Ibn Jalaf al-Muradí escribe el único tratado árabe occidental sobre mecánica hasta hoy conocido. Ha llegado a nosotros gracias a una copia hecha en la corte de Alfonso X el Sabio y en la cual intervino el célebre judío Rabí Zag (Ishaq b. al-Sid), uno de los principales ayudantes científicos del rey. El opúsculo de al-Muradí encabeza un manuscrito (conservado en la Biblioteca Medicea Laurenciana de Florencia) que tiene tratados distintos y



Derecho, reverso de un astrolabio de época taifa, también atribuido a al-Naqqas (Museo Nacional Alemán, Nuremberg); abajo, reconstrucción de un juguete mecánico descrito por al-Murabí, siglo XI, y estudiado por Juan Vernet (dibujo de A. Batllori)

de varios autores. El análisis del de al-Muradí ha permitido reconstruir la primera máquina que fue presentada, funcionando, en la exposición sobre *El legado científico andalusí* que tuvo lugar en Madrid en la primavera de 1992. La misma puede *programarse* de modo que la acción teatral que se realiza sobre el *tablado* se repita cíclicamente en un intervalo de tiempo prefijado y, en estas circunstancias, puede emplearse como reloj. La segunda máquina (intervienen dos caballeros, dos muchachas y dos infantes) puede ajustarse para que *dé* o haga *sonar* la hora a voluntad. Esperamos que pronto pueda ser reconstruida. Las restantes —más de veinte— siguen mostrando que nos encontramos ante una concepción distinta de la de los autores orientales que trataron del mismo tema como son los Banu Musa, del siglo IX, o al-Chazarí, del siglo XII.

Pero lo más importante de todos estos *juguetes,* y algunos datos sueltos que figuran desperdigados por los textos literarios (como, por ejemplo, el de un laúd automático que estuvo en Toledo), es que nos dan una idea bastante aproximada de cómo podían ser las máquinas de la época y de cómo se podía transformar un movimiento circular en lineal y viceversa. Conocían las poleas, los polipastos, las palancas, engranajes de cualquier número de dientes o bien con dientes en sólo un sector de su circunferencia, las ruedas locas, los piñones, las cintas transportadoras, que a veces se bifurcaban; sabían producir movimientos alternativos o de vaivén, etcétera. Parte de estos artificios —no todos— tiene sus precursores en el mundo helenístico, pero, evidentemente, los mecánicos andalusíes sacaron de éstos y de los de su propia invención el máximo partido posible.

Parece evidente que el mayor deseo del hombre era poder vivir sin trabajar, pero para ello habría que inventar los móviles perpetuos. Eso es lo que pretendió el autor de uno de los opúsculos que figuran en el citado manuscrito alfonsí al describirnos una serie de aparatos que elevaban *teóricamente* el agua en grandes cantidades sin consumo de energía. Pero, en medio de sus fantasías, aparecen otros que se basan en principios científicos correctos, aunque irrealizables en su época.

Posiblemente, fue en este siglo XI cuando se introdujeron en la Península los molinos de viento y los de marea y, tal vez, se fijaran, por parte de los emires de Valencia y Játiva, Mubarak y Muzaffar, las primeras normas jurídicas por las que hasta hoy se rige el Tribunal de Aguas de Valencia.

Notas

(1) El proceso contra Ibn Hatim al-Tulaytulí. En el volumen VI de «Estudios Onomástico-Biográficos de al-Andalus» (1992).

(2) Cf. Miguel Asín en «Al-Andalus» 3 (1935), 383-389.

(3) Cf. Ibn Bassam: *Dajira* (cf. nota 4), 4, 1, 152-156.

(4) Cf. Ibn Bassam: *Dajira,* edición de Ihsán Abbás 3, 1, 409-418, y compleméntese con lo que el mismo Ibn Bassam nos narra de Abul-Fadl... b. Abd al-Wáhid (4, 1, 17).

(5) Cf. el Catálogo *El legado científico andalusí* (véase luego en *Bibliografía*).

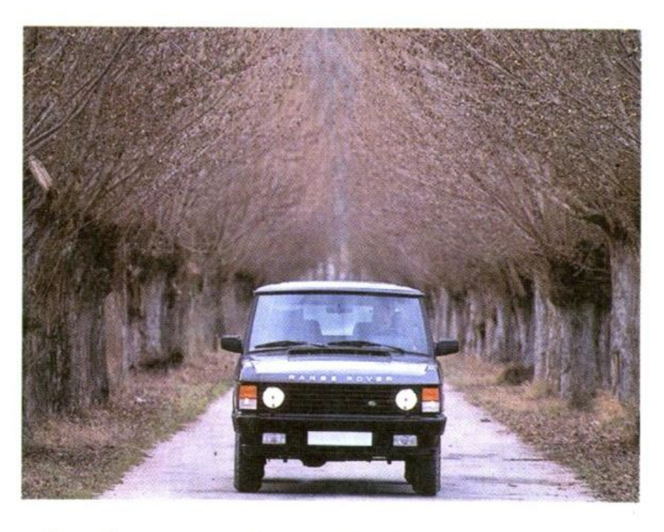
(6) Para estas cuestiones es muy útil la consulta del volumen miscelánea publicado por García Sánchez: *Ciencias de la naturaleza en al-Andalus.*

Bibliografía

Arie, R., *España musulmana (siglos VIII-XV),* t. III de la *Historia de España* dir. por M. Tuñón de Lara, Barcelona, Labor, 1982. Bazzana, A., P. Cressier y P. Guichard, *Les châteaux ruraux d'al-Andalus,* Madrid, Casa de Velázquez, 1988. Dodds, J. D. (ed.), *Al-Andalus. Las artes islámicas en España,* Madrid, ed. El Viso, y The Metropolitan Museum of Art, 1992. Guichard, P., *L'Espagne et la Sicile musulmanes aux XIe-XIIe siècles,* Lyon, Presses Universitaires, 1990. García Sánchez, E. (ed.), *Ciencias de la naturaleza en al-Andalus. Textos y estudios,* Granada, Escuela de Estudios Arabes, 1, 1990. Peres, H., *La poésie andalouse en árabe classique au XIe siècle,* trad.: Esplendor de al-Andalus, Madrid, Hiperión, 1983. Rubiera, M. J., *Literatura hispanoárabe,* Madrid, Mapfre, 1992. Vernet, J., *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente,* Barcelona, Ariel, 1978. Vernet, J., y Samsó, J. (Comisarios de la Exposición y directores del Catálogo): *El legado científico andalusí,* Museo Arqueológico Nacional, Centro Nacional de Exposiciones, Ministerio de Cultura, Madrid, 1992. Viguera, M. J., *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes,* Madrid, Mapfre, 1992. Wasserstein, D., *The rise and fall of the Party-Kings,* Princeton University Press, 1985.

Si decides emprender un viaje con tu automóvil y visitar cualquiera de los bellos lugares y parajes que en nuestra geografía existen, adopta siempre unas necesarias medidas de seguridad vial que te harán, sin duda, disfrutar.

Antes de iniciar la marcha revisa, personalmente, los niveles y elementos más importantes del vehículo, a saber: aceite de motor, agua del radiador, líquido de frenos, dirección, neumáticos, alumbrado, etc.; en esta operación se invierten no más de tres minutos.



Consulta un mapa de carreteras y planifica el itinerario a seguir; prepara también un itinerario alternativo, especialmente para el retorno, ya que éste puede coincidir con el de otros vehículos y en épocas particularmente conflictivas (vacaciones, festivos, fines de semana, etc.). Y si el viaje va a rebasar las dos o tres horas de duración, prepara con anticipación los lugares de descanso e invierte de diez a quince minutos en cada uno, apeándote del vehículo para estirar piernas y brazos. No fijes nunca una hora de llegada y si viajas en grupo, con otros vehículos, mantén y haz mantener la distancia de seguridad.

Durante el viaje no olvides utilizar los cinturones de seguridad tanto en asientos delanteros como en traseros y, si circulas en moto, la utilización del casco es imprescindible. Estas obligaciones permanecen aunque se circule por vías y zonas sin asfaltar (caminos vecinales y forestales).

Al margen de vías forestales y de los lugares destinados para ello, evita circular por explanadas y sitios de difícil acceso, pues además de poner en peligro tu seguridad y la de tu automóvil, puedes deteriorar el medio ambiente. Si no puedes acceder a un punto (paraje) determinado, estaciona ubicando bien tu vehículo (freno de mano y una velocidad accionada) y continúa a pie.



